

REVISTA CRITICA

DIRECTORA: **Carmen de Burgos** *Colombine.*



BURGOS. CASANOVA. E. DE AMICIS. ESCOBAR.
BRISSA. ZÚÑIGA. GOMEZ DE LA SERNA. VEGUE Y
GOLDONI. RAMIREZ ÁNGEL. A. RISQUEZ.
PINCHAS ASAYAG. S. ELMALEH. FA-
RACHE. FRITZCHEN. E. DÍEZ CANE-
DO. P. DE MUGÍA. CERRILLO
ESCOBAR. ALCAIDE DE ZA-
FRA. CLORINA. LASSO
DE LA VEGA. LEYDA.
GONZÁLEZ HERVÁS
VILLAESPESA. P.
DE MUGICA.

Redacción: Velazquez, 44.—MADRID ♦ ♦

Administración: Casa Editorial MAUCCI.—BARCELONA

Precio: 1 peseta

REVISTA CRÍTICA



2.º Año.

Núm. de Marzo, 1909

Núm. 6

CRÓNICA

ARTE Y MUERTE

por Carmen de Burgos

El soplo de la Muerte ha acariciado á Madrid con triste predilección. Todas las plagas que desarrolla en las grandes ciudades el abandono y la incuria de los gobernantes, junta á la falta de higiene y limpieza, han azotado á la Corte de España. Asusta la cifra de defunciones causadas por el tífus, la viruela y las enfermedades contagiosas.

Pero con ser estas cifras tan impresionantes no alcanzan la gravedad que revisten todas esas otras plagas lentas á las que parecemos acostumbrados como la terrible tuberculosis y la fatídica anemia.

¡La Anemia! Este nombre que se pronuncia con terrible sencillez es una de las grandes vergüenzas de la humanidad.

Anemia quiere decir, injusticia, tristeza, miseria de los seres que dejan á hermanos suyos carecer de lo necesario para el sustento y la vida.

Anemia dice ignorancia y cobardía de los que se resignan á soportar una sociedad que así les condena á muerte. *Anemia* dice equivocaciones y mentiras del progreso, porque el progreso verdadero sería el bien común, la conquista de la igualdad, del derecho al placer; de una humanidad sana y fuerte que no tuviera más código que el principio de justicia grabado en los corazones.

Anemia dice todo eso; y va escrita como padrón de ignominia en el rostro pálido de las doncellas; y marca con reflejo de

lirio azul las blancas caritas de los niños; y sombrea de tonos violáceos las ojeras de los trabajadores y de los ancianos extenuados en la lucha.

Y la *Anemia* ha llegado á ser una enfermedad para la cual receta el médico y se anuncian específicos. ¡Qué ironía! Si todos comieran lo necesario, *si el progreso* no robara á los pobres el aire y el sol no existiría la anemia.

Pero existe... existe, es la madre de la tuberculosis y de la locura y nadie parece preocuparse de ello. Se admite como cosa natural que millones de seres carezcan de lo más necesario; oímos sin asustarnos, que en los días de Marzo hayan muerto cuatro hombres de hambre en medio de las calles del lujoso Madrid. La organización social lo ordena así. Los desheredados que se aguanten.

¡Que se aguanten! Sí, se aguantan, se resignan; somos seres dignos de que se nos coloque la ceniza sobre la frente el primer día de Cuaresma cuando se retira el viejo Momo, cuya tolerancia nos permite ponernos la careta sobre el rostro para desenmascarar el espíritu.

Una sociedad como la nuestra no comprendería las fiestas dignas de Minerva y Ceres, las que cantan á la sabiduría, la vida y la fecundidad... ¡Bien haya nuestra Cuaresma!

Por eso la triología de la muerte impera, y á sus fiestas acuden todas estas enfermedades que por incuria de los gobernantes nos afligen.

¡El pueblo que se resigna á sufrir la anemia, merece tener tales directores!

* * *

Para apartar la imaginación del cuadro de miserias que ofrece hoy Madrid, el Arte ha hecho pasar sobre nuestras cabezas el soplo vivificante del romanticismo con los ecos de la sublime partitura de Wagner y con el relato que del argumento de sus obras han hecho los periódicos al estrenarse en nuestro Teatro Real *El Ocaso de los Dioses*.

El alma cansada de las narraciones de crímenes, de luchas políticas, de tristezas del vivir, ha acogido con ansiedad la poesía que se desprende de las páginas donde rugen, con grandeza que santifica, todas esas pasiones, tan humanas, divinizadas por los dioses y diosas del Walhalla.

El genio crea dioses sin quererlo ni pretenderlo. Son dioses

todas esas figuras grandiosas que como Sigfrido y Lohengrín encarnan la síntesis de una humanidad entera, Fausto, Manfredo D. Juan y tantos otros hubieran alcanzado igual categoría si sus creadores no les hubieran dado el marco social moderno; porque nuestra religión y nuestras costumbres no tienen ya grandeza para servir de elementos á la Divinidad.

Todas las figuras que deben su forma á un artista se alzan sobre lo humano. En los labios sonrientes de Monna Lisa se esconde el arcano misterioso de la divinidad. Las estatuas de Donatello y Miguel Angel, no pertenecen á una raza mortal; el artista ha creado á semejanza suya unos seres superiores, divinos, con la única divinidad que puede comprenderse sin perder la razón en las sombras del arcano.

Y por unos días los artistas hemos soñado, hemos vivido, hemos sentido el soplo de nuestro Dios sobre las frentes... pensamientos generosos y bellas quimeras rozaron con sus alas los cerebros; palpitaciones de fe, de bondad y de amor, aceleraron el ritmo de nuestros corazones. El Arte hace siempre á los hombres grandes y buenos.

Estas han sido las dos notas salientes del mes. La Muerte y el Arte. Las dos divinidades que batieron las alas sobre Madrid.

Los artistas han de combatir á la Muerte. No con los medios materiales que no están hoy á nuestro alcance para librar-nos de la muerte corporal; sino con las ideas salvadoras que combaten la muerte de los espíritus, la tendencia á lo gris; el odio al sol; el anhelo á lo enfermizo, lo morbosos y lo atormentado.

Cuando los artistas canten la vida y sepan infiltrarla en todos los pechos; cuando todos á coro con ellos ensalcen la luz, el azul, la verdad y las pasiones violentas, grandes y sanas, la humanidad tendrá fuerzas para ser rebelde y no sufrir que la condenen á la anemia y á la muerte.

Es obra de artista la que se necesita. No es preciso predicar la rebeldía sino infundir amor y fe.

Ojalá, los dioses del arte no profanen como Sigfrido su santidad y sepan ser grandes y fuertes para que triunfe nuestro Wallhalla y no tengamos la tristeza de contemplar el ocaso más triste de la humanidad: El ocaso de las almas.

VUELVEN

por Sofía Casanova

*No sé porque misterios, hoy otra vez mi oído
á percibir ha vuelto las notas olvidadas...
Mi corazón el paso fugaz de quien se ha ido,
y mis ojos el brillo de las horas pasadas.*

*Cuando del sueño breve no quedaba en el alma
mas que el vago recuerdo que las horas espuman,
el recuerdo sin líneas de un dolor hecho calma,
seca flor de la carga de ilusiones que abruma.*

*Un conjuro insondable resucita lo muerto
y á vivir me condenan las horas que pasaron.
Borra la certidumbre dejándome lo incierto
donde las esperanzas al morir se apoyaron.*

*Y la nieve que cae y el crepúsculo triste,
se transforman benignas, en imágenes bellas,
la luz juega en las ondas, nuestro encanto persiste,
y esta tarde es hermana de las tardes aquellas.*

*Resistí... Pero luego, he dejado que lleguen
saturando mi vida con su añeja fragancia*



*las ficciones risueñas, las memorias que tienen
el encanto perjuro de la ciega inconstancia,*

*Me golpean el pecho con manojos de rosas,
y al oído me cantan la canción que prefiero,
y los duros contornos suavizan de las cosas
y fingen que me llamas y mienten que te quiero.*

*Y la suave alegría, la discreta alegría,
que en las horas tediosas de la noche sentimos,
da á un ser el reposo, la sutil armonía
entre el bien que tenemos y entre el bien que perdimos.*

*Aquel fué la esperanza, la prisión, la quimera
que ennoblece y exalta, y que inspira y tortura,
y al irse me ha dejado la dicha verdadera,
la de saber que en todas puso Dios amargura.*

*De la memoria lleguen á los remansos quietos,
frases de bienandanza, gritos de la fortuna,
como del mar lejano llegan á los secretos
del sol las claridades en rayos de la luna.*

*Que torne á conmoverme la fugaz alegría,
la nostalgia, la espera, de la ausencia el quebranto,
y que luego la tierna madre melancólica
las candentes señales borre de nuestro llanto.*

*Cual el viento que juega con las hojas caídas,
con las hojas ya muertas que la tierra reclama,
que al corazón diviertan las cosas fenecidas,
y que ante la ceniza pueda evocar la llama.*

*Séanos concedido consolar la tristeza
con la luz, y el aroma que se pierde, que sube...*

*No vale de la dicha lograda una certeza
la promesa de flores que hace al campo la nube.*

*Con voces de misterio vuelve á mi lo perdido,
y á rodearme se acercan con las horas pasadas
sombras que ya no mueve de la vida el latido,
viejas sombras queridas de historias olvidadas.*

Varsovia, Enero 1909.

UN PRÓLOGO

DE AMICIS (1)

Por E. de Amicis

Una dama argentina, á quien la alta sociedad de Buenos Aires admiraba por su gracia exquisita y por la vivacidad de su ingenio, quedóse viuda en la flor de su juventud y se retiró con su madre á la ciudad de La Plata. Después de pasar varios años en ocupaciones y cuidados nuevos para ella, escribió una novela. No lo hizo movida por un sentimiento de ambición— que no tenía la conciencia de sus propias facultades, por no haberlas ejercitado antes en ninguna forma de composición,—sino por un impulso espontáneo de su talento madurado en la soledad y de su alma templada en la desventura.

La novela, titulada STELLA, fué publicada en Buenos Aires el año 1905, bajo el seudónimo de *César Duayen*, y alcanzó un éxito clamoroso, como no lo alcanzara jamás en el Río de la Plata novela alguna de escritor argentino. Concurrió á divulgar la fama la vivísima curiosidad despertada por el misterio del seudónimo, que dió lugar á infinitas suposiciones y á indagaciones infinitas, infundadas, erróneas y desvanecidas por el mismo *César Duayen*, que declaró públicamente que STELLA era su primera obra. No por esto cesaron las investigaciones la caza del autor» se hizo tanto más furiosa cuanto que los cazadores veían que se les escapaba la presa. Y la modestia de la novelista la habría hecho durar mucho más tiempo, á no haberse colocado de por medio otra modestia: la de una persona que le era muy querida y á la que ella no podía dejar abrumada por la angustia. La dama habia contraído segundas nupcias con don Julio Llanos, ex-diputado, y ex-Presidente de la Cámara de Buenos Aires, también como hombre de letras. Como

(1) Del libro *Stella* de César Duayen, que acaba de publicarse.

tomara parte en los tratos con los editores para la publicación de la novela, acabaron por recaer sobre él las sospechas, las cuales, traduciéndose en interrogaciones directas y en alabanzas pertinaces, le hicieron tan fatigosa la custodia del secreto, que se vió obligado á rogar á la escritora que lo librase de la gloria que á él no le correspondía, aceptándola, puesto que sólo á ella era debida. Accedió ella, y la noticia de que la autora era la señora doña Emma de la Barra de Llanos, verdadera neófita en literatura, como *César Duayen* había afirmado, fué causa de una nueva maravilla, que acreció la admiración.

Creo que el libro no ha menester de otro prólogo para despertar el deseo de leerlo, porque me parece casi supérfluo añadir que *STELLA* es una novela genuinamente argentina, una pintura de caracteres y de costumbres de aquel pueblo adolescente, de aquella sociedad varia y vivacísima, que por la semejanza fraternal que con la nuestra tiene, y también por las grandes desemejanzas, y por los múltiples vínculos que á ella nos ligan, inspira á todo italiano una curiosidad que no es menos viva que la simpatía. Pero no se trata de una pintura aduladora. No sé de ningún escritor argentino que haya dicho nunca tan abiertamente á su país tal número de verdades, tan duras de oír como útiles y dignas de meditar; y que su país haya acogido con aplauso tamaña sinceridad, es cosa que le hace honor. Pero la crítica (y esto coadyuvó en gran parte al buen éxito) es, para decirlo con las palabras de un personaje de *STELLA*, dolorosa, mas no cruel; un amor ardiente por la patria, una fe inquebrantable en su porvenir la mueve; la mano resuelta que pone al descubierto las llagas, es una mano amorosa de hija que la quiere lenificar y sanar; mano—fué justamente dicho,—sembradora de bellas esperanzas y de buenas promesas. De cada triste realidad, el espíritu benigno y sereno de la autora se eleva á un porvenir luminoso, en el cual ve transformado en bien el mal que lamenta; en el fondo de sus más amargas críticas, se destaca la dulzura de una profecía consoladora.—Una obra bella y sana—fué llamada la suya. Y pudiera añadirse:—Valerosa y fecunda. En la escritora gentil hay una *brava* ciudadana.

—Pero la originalidad de esta novela está en que habiéndola escrito la autora en esa edad en que, generalmente el que ha nacido escritor ha dado ya más de una muestra de su ingenio y que avisado por la crítica, no se abandona á la facilidad y al ardor de la primera inspiración; en su obra se encuentran,

junto á la cultura, á la experiencia del mundo, al conocimiento del corazón humano y á la gravedad del pensamiento de los años maduros, el entusiasmo, el ímpetu de la inspiración, la exuberancia de vida que son exclusivamente propios de las primeras producciones de la juventud. La mujer está en la mitad del camino de la vida y la escritora tiene veinte años. De aquí surge el encanto. Ella tiene en la mente y en el corazón pléthora de afectos, de observaciones, de memorias acumuladas, que le resulta difícil contener y gobernar. De aquí que los personajes se aglomeren, los pequeños episodios se multipliquen y el diálogo adquiera exuberancia suma. Pero pone la novelista, en todo, tal entusiasmo, tanta viveza, tanta franqueza y sinceridad juvenil, que el lector la sigue placentero á todas partes, sin quejarse nunca de ser conducido fuera del camino más breve, ni sentirse abrumado por la multiplicidad de los aspectos y de las particularidades sobre que es reclamada su atención. La narración corre rápida y bella hasta en sus serpenteos, como un ancho río azul que nos arrastra y donde no nos disgusta que, de tanto en tanto, un impedimento nos detenga dándonos motivo para contemplar el fondo á través del agua límpida. Se adivina perfectamente leyendo, que la novelista debe haber escrito centenares de páginas casi de un tirón, trabajando de la mañana á la tarde, y por la noche, sin esfuerzo y sin cansancio, arrebatada por el huracán de la inspiración. Pero también está claramente manifestado que la obra fué diseñada primero poco á poco y durante largo tiempo, pues de otro modo no resultara, como resulta, de una arquitectura, en su amplitud, ligera y armónica, y sólidamente fundada.

STELLA, dice un crítico, «es una galería viva de retratos del mundo argentino». La autora, en efecto, es una retratista excelente, y esta facultad, acaso su facultad más saliente, ha podido ser ejercitada por ella largamente en una novela que, abrazando la vida mundana y la política, la ciudad y la *estancia*, nos presenta señoras brillantes, hombres públicos, jóvenes disipados, administradores rurales, gentes del pueblo, gauchos y hasta negros: la pequeña Muschinga, que tardó poco en ser popular. Tiene una destreza y una seguridad de tonos admirables en el trazado de las figuras. Muchas de sus páginas son como ventanas ó puertas abiertas de repente, á las cuales se asoma una persona viva, que con pocos actos y escasas palabras nos revela por entero su sér. Porque no es sólo una retratista de aspectos, sino que escruta y se apodera de aquello que

es más íntimo en las almas más profundas y complejas; y no solamente de la mujer, sino hasta de los hombres cuya psicología está confusamente intrincada por caracteres políticos y profesionales que escapan frecuentemente al examen mujerial. Se comprende á las claras que esta facultad, en ella tan relevante, haya hecho perdurar la duda de si el autor de la novela era hombre ó mujer. No existe casi una página en la que no se sienta la mujer; pero son pocas aquéllas en las cuales deja de sentirse que la mano delicada nos da el apretón de una mano viril. Y esto se nota particularmente en una cantidad de breves proposiciones diseminadas por el libro—aforismos, definiciones morales, observaciones sobre los personajes y los hechos,—encerradas en una frase firme y neta como un sello estampado con energía. Ni siquiera donde se nos revela mujer, cae en los defectos y en las debilidades á que inclina el ánimo el ingenio femenino. En las expansiones de afectos y de ternura hay un no sé qué de retenido y de austero, que acrece maravillosamente la eficacia. Un concepto grave de la vida y un altísimo sentimiento moral regulan en la novela todas las manifestaciones de la pasión. No son pocas las escenas que conmueven; pero conmueven menos en el acto que después, cuando meditando, descubrimos alguna cosa que nos pasó inadvertida en la primera lectura. Tal es la íntima impresión que deja el libro, en el que no hay disertaciones ni declamaciones, sino filosofía que se desarrolla naturalmente por la acción de los personajes. Cuando la hemos terminado, nuestra satisfacción no está sólo en el deleite que nos ha producido, sino en aquello que sentimos que ha de permanecer en nuestra memoria y que nos dará un fruto mucho mejor que el deleite. Hemos recorrido un mundo mal conocido, penetrado almas, saboreado grandes dolores, visto aspectos singulares en cuestiones importantes de educación, de beneficencia, de política, comprendido efectos singulares del influjo recíproco de razas distintas que conviven y se cruzan; y si no penetra nuestro ánimo la fe de la autora, hemos meditado por lo menos, y meditaremos útilmente sobre la sentencia profunda en que su fe se expresa y su corazón se conforta: «que el mundo mejorará, porque el dolor humano aumenta, y el dolor ha triunfado siempre».

Yo espero que STELLA dejará esta misma impresión en todos sus lectores. Espero: estaría casi cierto, si no tuviera por imposible verter al italiano la lengua joven, libre, exuberante, variadísima de sonidos y de colores que la autora ha empleado

en su novela, semejante á la vegetación de aquellas grandes florestas que cubren los confines tropicales del país inmenso donde extiende su imperio.

El asunto de la novela es éste: en Buenos Aires, en el seno de una gran familia rica, espléndida y agitada, que representa todas las cualidades buenas y todos los defectos de su raza y de su clase, nace entre dos almas elegidas—la de un hombre maduro á quien hicieron escéptico un gran desengaño y el abuso de la riqueza, y la de una joven en la cual la desventura ha fortificado y refinado todas las virtudes,— un amor profundo y nobilísimo, que uno y otra llevan ignorado por largo tiempo en el alma á través de diversas vicisitudes, ya reunidos, ya separados, en el tumulto de la ciudad y en la quietud del campo, en medio de un coro adorable de niños, cuyas voces suenan en todo el libro como el acompañamiento de una música suave; amor ignorado por los dos hasta que por un gran dolor común, como el sol por una nube, se eleva y triunfa en el alma redimida del hombre y en el corazón de su redentora; y se eleva tan bello y tan radiante, que ilumina con luz de aurora la familia donde se ha encendido, el campo donde creció, el mar ante el cual fué desarrollándose, la patria á la que ha restituido la fé de un gran ciudadano y la novela toda, y el alma bella de la autora, y vuestra alma.

Febrero, 1908.

CARTA DE UN AUSENTE

por Narciso Díaz de Escobar

Es esta carta que escribirte quiero
reflejo de la pena que me hiere,
¡en ella pongo el corazón entero,
que distante de ti no vive, muere!

Desde que ausente estás sufro sin calma
y amargo llanto á mi pupila sube,
¡ya se ausenta la dicha de mi alma
como se oculta el sol tras densa nubl

Esclavo de mi amor, ó mi egoísmo,
¡qué inmenso y triste me parece el mundo!
¡sueño que estoy al lado de un abismo
más negro que mi pena y más profundo!

Yo me engañé: de una ilusión liviana
arrastrar me de,é por un momento,
que débil es la voluntad humana
y es de movable arena su cimiento.

La realidad brilló, ya nada espero
y me espanta ese mar en que navegas,
¡hombre yo, me detengo en el sendero!
¡y tú, mujer, al sacrificio llegas!

De mis perdidas fuerzas poco aguardo
y en vano nuevo aliento me reclamas,

¡Yo llego hasta la orilla y me acobardo!
¡tú en ese mar te arrojas y me llamas!

¿Quieres saber por qué le tengo miedo
á esas ondas que mezclan con tu llanto?
¿Por qué dudo, y batallo y retrocedo?
Porque miro el mañana y me da espanto.

Eres muy niña y guardas en tu pecho
tesoros de inocencia y de hermosura,
que tristes desengaños no han deshecho,
ni envenenó la humana desventura.

Pronto tu senda cubrirán de flores
como culto ofrecido á tu belleza,
pronto te arrullarán sueños de amores,
gratos á un alma que á soñar empieza.

Y aún siendo una ilusión lo que imaginas,
y aunque esos sueños pronto se deshagan,
¡no sabes conocer cuántas espinas
esconden esas flores que te halagan!

Tras la tibieza llegará el olvido,
con el olvido la traición unida
y al fin tu amor lo lloraré perdido
y miraré tu fe desvanecida.

Ocultando el dolor de nuestra ausencia
moriré como fraile desterrado,
mientras que gozas tú de la existencia
sin que vuelvas el rostro á tu pasado.

Me ha faltado valor para perderte
mas no merezco, no, tan gran castigo,
¡por eso quiero junto á mí tenerte,
y sufrir ó gozar quiero contigo!

ELENA

por José Brissa

En la reunión de la marquesa, después de desfilár los convidados, siempre quedábamos los íntimos disfrutando de su amena conversación.

Aquella noche nos reservaba una curiosa historia, que hizo más interesante la velada.

Hablábase de una boda en proyecto, que por una frívola cuestión de amor propio entre los novios se había desbaratado recientemente.

Decíase que la novia, tal vez inconscientemente, había desairado á su prometido, aceptando un vals de un gentil caballero; que *él* había partido á lejanos países, dejando una carta de despedida, y que *ella*, desconsolada, pero inquebrantable, por no humillarse, pensaba entrar en un convento.

—¡Volverá!—interrumpimos á coro,—y tendremos boda.

—Sí, *ella* ha de llamarle antes de quince días.

—No conocen ustedes el corazón de los enamorados—exclamó la marquesa;—yo creo, y ojalá me equivoque, que se casará cuando yo.

La marquesa era una *solterita*, pues no me atreveré á llamar *solterona* á tan hermosa, bien conservada y virtuosa señora, de cuya soltería, más de una vez se burlaba ella misma con mucha gracia.

—Esta carta de despedida—prosiguió,—dictada por el despecho es, y no la conozco, la sentencia del rompimiento eterno. El amor propio ofendido dicta frases terribles, devuelve ofensa por ofensa y atormenta el corazón de la persona amada con los más refinados medios de tortura: no parece sino que quiere aniquilar en un instante todo el cariño que siente; trabajo inú-

til y doloroso, en el cual, dos corazones que se aman, hacen á la vez papel de víctimas y verdugos.

—¿Y queriéndose tanto, es posible?...

—¿Si es posible? Ahora verán ustedes. Es un episodio que no me pertenece; callaré el nombre de la protagonista, amiga mía que... murió. Así podrán ustedes decir que atestiguo con muertos, y quedarse con la suya.

Todos nos apresuramos á traducir en una galantería la buena fe que nos merecía la marquesa; pero debimos de ser algo tardos en la expresión, porque, sin dejarnos hablar, continuó:

—Mi amiga Elena, la llamaremos así, era íntima de casa, y en nuestros salones conoció al pobre Enrique, que también los frecuentaba, quedando prendados uno de otro.

Elena era una joven distinguida, guapísima, de noble estirpe y no escasa dote.

Enrique... figuraos un guapo mozo, con títulos de nobleza y risueño porvenir en la carrera diplomática que empezaba.

Volvía de París, temporalmente, cuando la conoció, y les juro á ustedes que jamás he asistido á felicidad más grande en la tierra, cuando Elena, sentada á mi lado, espiaba palpitante la entrada de Enrique en el salón, ó cuando abstraídos, locos de amor, fabricaban sus castillos en el aire.

Las familias de ambos accedieron gustosas á amores tan razonables, y Enrique regresó á París, donde su obligación le llamaba.

Si las cartas de Elena conmovían, no menos las de Enrique. En ellas ponían todo su ser, y vi á Elena muchas veces regar con lágrimas los renglones que escribía.

No podían vivir lejos uno de otro, y Enrique, acabó por mandar á paseo su carrera, y volver al lado de Elena.

Convencieron, sin embargo, á aquellos dos locos de que tuvieran paciencia unos meses, mientras se preparaba pomposamente la boda y persuadieron á Elena á que dejara marchar á Enrique y á éste á que regresara.

Pasado algún tiempo, cierta noche, en casa, un recién llegado de París trajo noticias de Enrique, y entre varias indiscreciones, dijo que le habían visto en la Opera con una mujer hermosísima, algún amor pasajero... aventuró el indiscreto.

Y Elena, sin encomendarse á Dios ni al diablo, escribió á Enrique:

«¿Amas á otra? Dueño eres de ello, y si te sientes con valor para *terminar*, devuélveme mis cartas y te enviaré las tuyas.»

A los pocos días, Elena, desolada, vino á verme. Traía un paquete de cartas, las suyas, que Enrique la había devuelto.

Entonces supe que la inadvertida niña le había escrito aquella carta.

—No me ha querido nunca,—exclamaba—cuando con tanta facilidad me devuelve mis cartas; ¡nunca, nunca! Yo le devolveré las suyas tranquilamente... y su retrato, y todo se acabó, ¡que se divierta!

Quería aparecer serena y las lágrimas se escapaban de sus ojos. Procuré calmarla, pero fué en vano; su dolor y su despecho me inspiraron lástima y la dejé marchar. Si no lo hubiera hecho, aun era tiempo de salvarlos.

Enrique recibió sus cartas y su retrato, que voy á enseñar á ustedes, tal y conforme lo recibió.

La marquesa sacó de un mueble inmediato una cartera y de ella una fotografía.

Todos sentimos al verlo un escalofrío involuntario, algo desagradable que no se puede expresar.

El retrato tenía los ojos taladrados, y por aquellos ojos vacíos, sin luz, parecía escaparse una mirada dolorosa.

Habíamos quedado en silencio, y el retrato pasaba de mano en mano. Volvió á tomarlo la marquesa, y terminó diciendo:

—Enrique no pudo resistir tamaña ofensa: creyó ver en aquel acto indigno un corazón perverso, al cual estaba ligado por un amor vehemente.

Yo disculpo á mi amiga; fué una ligereza, que bastante desgraciada la hizo; pero Enrique, como digo, no debió juzgarlo así, por cuanto, una mañana, le encontraron en su habitación con el cráneo destrozado. En una mano conservaba el revólver y en la otra su profanada fotografía.

Elena, ya les dije, ha muerto soltera, triste y sola; ¡cómo yo moriré!

Y la marquesa no pudo contener una lágrima, que cayó sobre aquellos ojos vacíos que se habían cerrado para siempre.

Aquella lágrima nos dió la clave de su eterna soltería.

Sí, nos persuadimos de que la marquesa y Elena eran una misma persona, la misma mujer desgraciada y digna de lástima.

LÁGRIMAS OCULTAS

Á MI HIJA

por Juan Pérez Zúñiga

*¿Piensas que es, pobre hija mía,
franca siempre mi alegría,
porque jamás me ves triste
y vivo explotando el chiste?
¡Cómo te engañas, María!...*

*¿Me ves trabajar contento?
Pues siempre, al coger la pluma,
camina mi pensamiento
entre una chanza que invento
y un malestar que me abruma.*

*Suele ser mi malestar
hijo de penas y apuros
que no puedo remediar,
pues por los trances más duros
me obliga Dios á pasar.*

*¡Cuántos días de amargura
pasé fingiendo ventura!
Sí, ¡cuántos, mientras tu madre,*

*tus hermanos ó mi padre
ardían en calentura,
disimulando temores
y dominando dolores
tuve que hacer que en mi mente
surgiera el chiste corriente
pedido por mis lectores!*

*De la muerte en el dintel
te vi un día; y aquel día,
llorando sobre el papel,
¡hice chistes á granel
para comer, vida mía!*

*¿Y crees que es desdicha escasa
llorando escribir en guasa?
Pues mayor pena no cabe.
¡Eso, niña, no lo sabe
nadie más que el que lo pasa!*

*Aunque me sienta morir,
tal sacrificio es forzoso;
pero al ver que hago reír,
da todo el mundo en decir,
que soy un hombre dichoso.*

*Esto creen, y no hacen bien,
y es porque no consideran
que en mí hay lágrimas también,
¡lágrimas que ya quisieran
ser de esas que todos ven!*

*Esas acusan un duelo
que puede encontrar consuelo*

*si alguno en ellas repara
y hacen un surco en la cara
que pronto borra el pañuelo;
pero las otras que, ardientes,
brotan como avergonzadas
y se ocultan á las gentes
entre risas aparentes
y venturas no gozadas,
¡esas, no sabes, María,
todo lo amargas que son;
porque un día y otro día,
caen hacia dentro, hija mía,
y abrasan el corazón!*

LA HIJA FEA

por Ramón Gómez de la Serna

Aquella mujer era una gran mujer. Me impuso la idea de su grandeza con el espectáculo maternal de unos besos. Mi cariño era un cariño extraordinario, pues siendo, como era, tan hermosa, nunca fué la hembra cosita, en esas horas de intimidad en que desnudamos á las mujeres conocidas, forjándonos nuestro serrallo, mal que las pese.

Vivíamos frente por frente—hoy ya no.—Llegamos á familiarizarnos. Pensaremos siempre el uno en el otro. Yo á lo menos. Ella, de no hacerlo, debiera arrepentirse, que lo único que puede suscitar el arrepentimiento, es el no haber amado todo lo posible.

Siempre que me asomo al balcón ahora, tengo la añoranza del decorado antiguo de su cuarto de antes.

... Aquellas cortinas de terciopelo rosa de las que yo sólo veía un reborde, y el raso blanco del forro, cursado por la luz... El *estor* de encaje inglés, que descendía en la hora del tocador, para izarse de nuevo á su paso. Porque se solía asomar á esa hora. Como una dádiva dejaba caer sobre los transeuntes una *saudade* estelar. Todos se inmutaban bajo el *resol* de su *matiné* y de su gracia.

Acrisolé un poco de mi filosofía viéndola cotidianamente...

Parecía existir un pasadizo entre mi balcón y el suyo. Uno de esos pasadizos que hay en Venecia de casa á casa sobre la paz de los canales. Vivía yo como dentro de aquel gabinete, tapizado de rosa, con sus cuadros joviales, y con una reproducción en mármol del rapto de Polinea...

El interior del otro balcón no se veía desde el mío, pero si las macetas de su balaustrada que en mi calle sin vegetación eran su primavera, la primavera.

Hoy es otra la habitación que ella dejó y otra la calle: dos viejas sombrías, que lo miran todo con un recelo mortal, todo lo han ensombrecido. Hasta mi despacho. Si no lo cierro herméticamente, padezco como Poë, y veo sobre la belleza desvelada de la Venus de Médicis, un escarabajo. Es su mirada que entra de refilón maldiciendo la maravilla de su desnudez.

En el gabinete han coigado un Cristo y unos cromos religiosos. No tienen el gran tocador de ella, que á mí me parecía su retablo. Son feas.

Además no tienen macetas. Presumo que por esto no va á ser esta primavera tan primaveral para mí. Ante este desmantelamiento, la añoro más. La recuerdo sobre todo besando á su hija, mientras jugaban á cocinar, en su cocinilla de lata—esa cocinilla con la que hemos jugado, en ese primer momento epícono de toda niñez, y de la que sabemos que se puede desprender la chimenea y abrir el hornillo.—Se hacía entonces tan niña que hubiera sido un villanía desearla. Llegaba á ser impúber.

Todos los buenos días, se sentaba en la grada del balcón, junto á su hija, absorta en ella. De una vez para siempre sorprendí el secreto de su éxtasis:

En su hija se reivindicaría. A ella le fatalizó su belleza. No tuvo niñez.

Sus senos ampulosos de hoy, se iniciaron teratológicamente, con pomposidad desusada en su niñez. La hicieron mujer á los diez años. Los hombres con su libidinosidad y los sátiros con su babeo la impusieron un alma hipotética, corola insondable, sensual, envase, *thermos* de tantas cosas oídas y adivinadas. Así se le predestinó. Fué demasiado codiciable para que dejara de asaltarle el ladrón y después los ladrones del ladrón, y al fin el comunismo.

Su hija, por el contrario, era fea y *rasa*. A su edad, ya era ella otra. Conservaba un retrato brumoso, sin *virar* bien, de aquel entonces, y recordaba su desnudez, porque ya en aquella fecha, se obesrvaba sorprendida.

La niña era fea, no fea en el sentido repulsivo, desgraciado, de la palabra, sino en el de insignificancia y de falta de relieve.

Esa era su alegría y su secreto. Esto es lo que miraba con regocijo en ella.

La niña tenía una frente pequeña, el óvalo de la cara era agudo y la nariz era respingona. No se le notaban los ojos. Ya véis, ni siquiera era una de esas mujeres de las que se dice

«... pero tiene unos bonitos ojos», cuando no hay otra cosa que decir.

Su desapercibimiento era como el seguro de su serenidad. Así su destino sería muy otro al de su madre. No la reclamarían los mandarines. No sufriría la liviana imposición, arbitraria y desigual de los hombres. Esto le daba una rara tranquilidad: la que no pudo tener aquel japonés con su hija, que por no pagar el tributo de mujeres al mandarín, la vistió de hombre desde el nacer. Sin que esto le valiera, porque se descubrió el secreto á la postre y el Mandarín...

En la vida todos se portan como Mandarines y como Minotauros...

Bien lo sabía ella.

Su hija haría bien de burguesita, allá en la aldea, junto á los abuelos, que tanto se la reclamaban...

Se casaría... La boda... cielo raso... La paz... Sus nietos... rubio... niña... huésped... no tornaría... los paseos... llegaría á olvidar... buenos... paz... muchos años... las fotografías... ellos los viejos... luz de luna... hogar... la memoria... labor de aguja... huerto... escribiría... paz, paz...

Esta es—cifraba—la música del *andante* de sus divagaciones.

En las buenas tardes, jugando sobre el pavimento ajedrezado del balcón, divagaba sin parar, pensando en el porvenir de su hija, la insignificante.

A veces, la sombra de un hombre ponía fin al juego.

La mujer rompía otra vez la crisálida. Hacíase adulta. Se levantaba presurosa del quicio, enredada en la cola de su bata; al descubierta el glasé de los bajos. Se recomponía en un momento, alisábase el cabello, se apretaba con las dos manos—los dos brazos en jarras—la cintura, como queriéndola achiquerar... y después parecía ajustarse las caderas: era el corsé... Al fin, acabando con la luz de la calle, cerraba los cristales, y—como solía venir *su hombre* á la caída de la tarde, la hora más serena para pecar—cerraba también las maderas...

SONETOS

por Angel Vegue y Goldoni

EL MONJE LOCO

A nadie atiende. Loco, cultiva su locura
dando vueltas y vueltas por el claustro. Los días
presencian impasibles la obstinada premura
que le instiga en la marcha. Sólo en horas sombrías,
rendido al fin, arrastra su escuálida figura
camino de la celda. Mas si en las galerías
tiembla un fulgor lunar, otra vez la negrura
fatídica del monje corre por las crujiás
tras el vano fantasma que bulle ante sus pasos.
Hasta que ya los pies, muertos de puro lasos,
y todo el cuerpo inerte, le postran. Y un anhelo
hace que entre suspiros de su pecho doliente,
con extrañas plegarias solicite del cielo
fuerzas para seguir andando nuevamente.

EN EL PATIO CLAUSTRAL DE LAS COMENDADORAS

Por cuatro mitológicos delñes
de dorado metal, hacia la fría
blancura del tazón la fuente guía
sus cristalinas hebras. Siempre afines,

sin disonar, los hilos cantarines
se trenzan en la grata melodía
que desde una elevada galería
tiene vago dulzor de violines.
Cercan la fuente rígidos cipreses
y unos bancos ornados de blasones
donde, á las tardes claras, muy corteses
tratan aristocráticas cuestiones
las monjas, con el aire nobiliario
que hay en la cruz de cada escapulario.

DISCÍPULO DE PETRARCA

Leyendo el cancionero del divino Petrarca
gasta el monje sus ocios, y un amargo recreo
le ofrece la lectura de los versos que marca
cuando sirven de claro espejo á su deseo.
Prudente enamorado de otra Laura, la Parca
maltrató su ideal: muerta la dama, en reo
sin la luz deliciosa de una mirada zarca
le convirtió el destino. Y así, en su devaneo,
á la sombra simbólica de vetusto laurel,
evocando tristezas y antiguas ilusiones
busca la forma dócil á sus inspiraciones
con las rimas dolientes contra el hado cruel,
y esclaviza las penas que saben su secreto
en la cárcel poética de algún bello soneto.



REVISTA DEL MES

DEL VIENTO

por Emiliano Ramírez Angel

¡Salve viento!...

Viento violento, viento lascivo, viento artista, viento de la calle: eres mano enamorada y suave que pasas y enredas y aturdes; ciñes faldas de mujer y modelas la curva prodigiosa de una cadera; alborotas la seda de una falda de barros y entre el espumoso revuelo descubres los asustados pichones de los zapatos.

Cuando soplas iracundo, las ensombreradas mujercitas se detienen, se inclinan y te otorgan una reverencia gentil. Y luego, pasas en comba invisible, saltas en misterioso salto felino, huyes en onda gigante y azotas las nubes asustadas, densas, hechas amenaza y cólera sobre la ciudad.

En la ciudad, los patios recogen tu voz clamorosa, llena de todas las furias y de todos los ímpetus. Y gimes y ondulas y te retuerces extendiendo sobre la urbe tu alma incognoscible de mujer.

Sopla, viento... Eres lamento, rugido, súplica, imprecación. Eres fuerte, con fortaleza de héroe mitológico y tienes alas de divinidad: yo te escucho de rodillas, pensando en esos enormes soplos de viento que se llaman Eschylo, Shakespeare, Cervantes, Bethoven, Hugo...

Tienes voz colérica y llorona, voz equívoca de monstruo que ríe y castiga á un tiempo. Tiembla en tu voz toda la escala delirante de las pasiones, y cuando soplas mansurroncillo eres amor y cuando soplas huracanado eres encelamiento.

Viento, sigue cantando, porque resumes todos los suspiros, todas las iras de la humanidad. Tu hermana la catarata, tu siervo el monte, tu padre el cielo, tu hermano el océano te respetan añorando tu himno triunfal.

Viento: eres fuerte y generoso, como un dios. Derribas la mole; respetas el arbusto. Sigfredo, que vence al dragón, teme, como tu, la gloriosa pequeñez azul de los ojos de Brunhilda.

A tu paso, viento, los mares alzan, voluptuosamente enardecidos, sus cien pechos, y las montañas alborotan sus ventisqueros hacia tí, como nubes votivas de incienso. Y todo tiembla ante tu cólera, todo lo que cae dentro de esa boca que la tierra y el cielo abren para que tu pases.

¿A donde vas viento? ¿Blasfemas ú oras? ¿Qué males presagias? ¿Qué dolores clamoreas?

¡Salve, viento! Eres la Fuerza, eres la Tenacidad, eres la vida que salta y canturrea borracha, sobre los tejados.

Yo te saludo emocionado, con el sombrero bien unido al ojal de mi americana por un cordoncillo previsor—puesto que en tu firme volada recoges las aspiraciones, las primeras, las palabras de todos los condenados á letal quietismo. Alguna vez, cuando el Dolor nos sitia, exhalamos en un poco de viento tanta inquietud y ese poco de viento se llama suspiro...

Pasa, ¡hermano mayor!...

Pero también eres paz y tu desatada sinfonía muere en un calderón efusivo, aquí, en casa, al pié de la chimenea.

¡Muge, aulla, gime, grita, viento!... Los leños van encenizándose; en la estancia comienza á cuajar la sombra: al través de los cristales se ven arbolillos que se abaten, que retiemblan, que se desmelenan, sufriendo la tortura de mirar las hojas que les arrebatas y de no poder caminar tras ellas.

Aquí, tu voz resuena por lo alta, á arrullo. La madre, en silencio, reza; la hija, en silencio, suspira; el novio, en silencio sueña. La canción que ellos no destrenzan, la pones tú, viento. Y, oyéndola, mientras por las alturas dices inclemencias aquí, en la hogareña hondonada corroboras confort; mientras clamas cóleras, repites aquí abajo fraternidad; mientras trituras y sacudes, dos novios se entretienen en construir y tu voz que empezó, ligeramente, en huracán, puede extinguirse, casa adentro, en gemido de recién nacido.

Látigo invisible, azotas los rosales y flagelas los dolores hasta adormecerlos. Resonante tu cancionero á ras de la chimenea eres la voz de la casa; la voz que induce á meditar, á

amar el libro, á querer á la novia... ¡Dichosa la mujer que adora tu voz, viento! Ella sabrá entornar los ojos, como para retener una tremante videncia, y en la sombra buscará una mano amiga y una melancolía fraterna. Por que el viento desparra-
ma el polvo pero recoge las memorias. Por que el viento es un viejo sentimental que hace sollozar á los álamos y un viejo sá-
tiro que solivianta á las olas, y un viejo paternal que recluye á los poetas, á los filósofos y á los enamorados, en sus casas...

¡Salve, viento!... Iracundo, cantarino, pasas... Detrás de tus intemperancias marzales están el primer día del sol y la primera rosa. Eres el embajador, un poco fosco, de la señorita Primavera. Como preludio se te puede tolerar, siempre que luego suenen las fiorituras y pizzicatos de esa loca tiple. Primavera que va á hablarnos del sol, de las flores, de los días claros, de los parques olorosos y de las erupciones herpéticas.

LETRAS AMERICANAS

LA MUJER

VENEZOLANA

por Francisco A. Rísquez

Las mujeres de mi tierra
Yo te diré cómo son:
Estrechitas de cintura
Y grandes de corazón.
(Cantar popular)

Hay en la etnografía de Venezuela elementos bastantes para explicar los caracteres y adivinar las condiciones de la mujer venezolana. Porción de una familia híbrida, donde se han confundido los aborígenes de la virgen América que ofrecieron su masa, los hijos de la antigua Europa que nos dieron su yugo y algunos rezagados del continente misterioso, que salpicaron nuestro suelo con su propia sangre, los ejemplares de aquella agrupación étnica presentan una variedad tan notable, como puede observarse en esta misma península, cuyos hijos llevan mezcladas en sus venas, en proporciones muy diversas, sangre de conquistadores del norte, sangre de dominadores moriscos y sangre de los amarillos diseminados en las, hasta hace poco, posesiones españolas del Pacífico y del Atlántico.

Semejante variedad, encantadora á la vista, es la admiración de los que visitan estas comarcas españolas, y por igual motivo, esa diversidad de tipos que rompe la monotonía de las demás poblaciones de la tierra, donde visto uno, ya parecen los otros vaciados en el mismo molde y decorados por los mismos

pinceles, es lo que constituye el carácter especial de la agrupación femenina de Venezuela.

Penetráis en una sala, vais por la calle, ó visitáis un lugar cualquiera de reunión, y podréis admirar la rubia de cutis transparente y rosicleres de aurora, con cabellos de querubés y ojos de cielo, melancólicas Ofelias que se dirían traídas de las regiones del frío, y á su lado la seductora criolla, de tez quemada por el sol de los trópicos, con todo el fuego de la zona en sus ojos hermosos y sombríos y la undosa cabellera coronando el rostro, que parece amasado con canela y claveles. Y entre tantas luces y sombras, que dan al cuadro vigor de entonación, una gama insensible de medias tintas, travesuras de paletas fecundas, que mezclan en armonía desordenada la tez de azucena con los cabellos de ébano, las pupilas cerúleas sobre una faz morisca, la rubia, la trigüeña, la morena, los contrastes que sorprenden y las gracias que cautivan.

Las veis de pie, ó las seguís en su marcha, con mirada de artista, y observaréis las mismas híbrides: la esbeltez magnífica de las palmeras tropicales, la majestuosa indolencia del nativo país, los andares garbosos de las antepasadas andaluzas y la gracilidad y elegancia de las europeas refinadas.

Porque la mujer venezolana, la caraqueña principalmente, tipo eléjido, como modelo capitalino, si nació en la zona del nuevo continente, se educó en el ambiente del viejo mundo y sus gustos se formaron en los troqueles del buen gusto europeo atemperado en cierto modo por la sanidad de las costumbres, aun no contaminadas por exageraciones pecaminosas.

En efecto; es rara la mujer venezolana que se resigne á aquel anhelo de un poeta nuestro:

«morir anciano á la sombra
do pequeñuelo jugaba».

Los viejos constituyen para nuestras damas un elemento de su educación y una necesidad de su existencia. Las ciudades de Europa y Norte América las atraen como señuelos fascinadores; las soledades del océano no les imponen el terror de atravesarlas y los presupuestos de un viaje salen, como partida ordinaria, de los haberes del día, sin esperar jamás esos excedentes de sobra, que no son la preocupación de los que viven en aquellas regiones, donde la naturaleza es providencia, «pisan las bestias oro y es pan cuanto se toca con las manos».

Venir á Europa es una ideal de la mujer venezolana; ver París, sobre todo, aspirar el ambiente y bañarse en los fulgores de la *ville lumière*, es anhelo de toda su vida, y mientras circunstancias de algún mérito se oponen á este deseo, ó después de haber realizado el ansiado propósito, se mantienen en estrecho enlace con la ciudad sirena que estan habituadas á oír llamar «el corazón y el cerebro del mundo civilizado».

El periódico de modas procedente del Centro que da la voz y el tono á la usanza universal; la Revista de Salones, que difunde en sus hojas la vida animada y elegante de la alta Sociedad parisina; la novela moderna de los sugestivos escritores franceses, que refinan el gusto, aunque exaltan el sentimiento, y enseñan las tortuosidades de las sendas oscuras, aunque á veces causan extravíos y penas. Todo eso exornado con el *cachet* francés, brinda sus modelos al espíritu y al cuerpo de la mujer venezolana, para quien es, por de contado, tan familiar la lengua francesa como la nativa, y ello en gran parte, si no en totalidad, por los esfuerzos de los connacionales de Victor Hugo, en el sentido de ver confirmadas las palabras del gran maestro: «cuando queráis que una idea domine al mundo, ponédla en el cerebro de un francés».

La mujer venezolana es necesariamente instruida. La enseñanza obligatoria la introdujo en las escuelas públicas, arrancándolas hasta de las clases sociales más humildes, y los establecimientos particulares, colegios franceses, ingleses y alemanes, laicos y religiosos, con protección oficial y sin ella, que en el país, sobre todo en la capital, abundan, infunden en el espíritu el deseo de aprender, excitan la emulación del adelanto y sazonan los frutos de una cultura elevada.

Conversad con cualquier caraqueña, leed la carta de una venezolana cualquiera, y en la facilidad con que se expresa, en la propiedad con que discurre, así como en el estilo de la redacción y aun en el carácter de la letra, encontraréis la mujer de entendimiento cultivado.

No obstante eso, ni presume de letrada, ni hace gala de erudita; la exhibición en el periódico ó en el libro no se acomoda á la timidez de su carácter. Contadas, como honrosas excepciones, son las que rompen con las costumbres que señalan á la mujer su puesto en el hogar y en el trato social; muy pocas las que en ocasiones autorizan la publicación de alguna poesía suya, ó de un artículo literario; más raras aun las que se resuelven á decorar con su nombre la portada de un periódico ó

revista, y es todavía totalmente desconocido entre nosotros el tipo de la mujer que se confunde en las aulas con el estudiante, ó aspira á las investiduras académicas, ó se abraza al estandarte, cada día más prestigioso, del feminismo combatiente.

En compensación, consagran sus energías intelectuales al arte, principalmente á la música. De Caracas salió la hermosa pianista (*) que ha recorrido de triunfo en triunfo los teatros principales del mundo, llevando en alas de la fama el nombre de la mujer venezolana, y las mismas que no osan suscribir un trabajo literario, no tienen escrúpulo en dar su nombre á sus creaciones artísticas, como si pensasen que mejor se compadecen con su delicadeza femenil las armonías de la música, que los conceptos de la retórica.

Pero lo que verdaderamente caracteriza á la mujer venezolana es la pureza de sus sentimientos, quisiéramos decir su moralidad.

Ella pone el corazón y el alma en sus amores; entrega mano y ser tan sólo á quien conquista su cariño, y guarda, con fidelidad inquebrantable, la palabra una vez dada, ó el juramento pronunciado. Hay en su pasión el dulce encanto de ese sentimiento casi archivado hoy en las novelas del romanticismo; hay en sus adhesiones la firmeza de lo consustancial, y en sus actos la espontánea abnegación del heroico altruismo y es, en suma, para ella el amor en el matrimonio, tal como lo he definido alguna vez: la expansión de uno en dos, la fusión de dos en uno, la comunión de dos almas y la compenetración de dos cuerpos.

La historia del matrimonio en la mujer venezolana es siempre la misma, con el amor mutuo por fundamento imprescindible. Dos miradas que se encuentran, dos chispas que se juntan, dos espíritus que se entienden, dos vidas que se funden en una. El rango social, la posición monetaria, los móviles del interés, son elementos no despreciables, sin duda; pero supeditados por la *summa ratio* del amor, y si es evidente que ocurren uniones desiguales, éstas no son frecuentes por el hecho sencillo de que cada cual encuentra su pareja en el medio social en donde gira.

Ese giro, en cambio, es tanto más fácil y menos peligroso cuanto más arraigado está en los hombres el respeto á la mujer; porque él sabe que ella puede muy bien valerse á sí misma, y no necesita protección, ni la urge el contrato matrimonial, ni

(*) Teresa Carreño

hace falta corona de desposada á quien lleva con majestad diadema de soberana; porque él siente que de aquel núcleo ha de sacar la esposa respetable y respetada y no se enturbia voluntariamente la fuente destinada á beberla; porque en fin, el hombre crece en tal ambiente de promiscuidad social, por decirlo así, que no ve en la mujer un ser extraño, ó una novedad, apetecible, sino la compañera de todos los momentos en el escenario de la vida, donde cada cual desempeña su papel, con el corazón por guía y la cabeza por freno.

La soltera sale de su casa sola, y con razón mayor la casada, sin el temor de que alguien encuentre en ello maliciosas suposiciones, ni menos que á nadie se le ocurra aprovechar la soledad para permitirse libertades que se reputarían como delitos; porque ni los piropos á damas desconocidas están admitidos en nuestro medio social, ni la institución de las *citas* ha entrado en nuestras costumbres. Cada sala, y hasta cada ventana de las que dan á la calle, son sitios de visitas; cada casa y aun los salones y pasillos de los teatros en noches de espectáculo, son centros de diarias reuniones y amenas tertulias, donde aun reinando mucha confianza, el concepto que se tiene de consideración á la mujer no permite los exclusivismos de las parejas, ni la irreverencia del sombrero, ni las molestias del tabaco, y es sin duda, de ese contacto respetuoso, y de ese trato constante de donde deriva para la mujer la ventaja de poder establecer comparaciones, analizar sus propios sentimientos y decidirse al cabo en una elección afortunada, á la vez que para el hombre el penetrar en el pleno conocimiento de la que ha de recibir su nombre, custodiar su honor y regir los pasos de la familia naciente.

La mujer venezolana nació para el hogar. La familia es su culto; la casa es su trono; el amor, su cetro; la virtud, su corona. Bajo el mismo dosel que levantó el amor y decoró el buen gusto, se alzan apareados dos sitios, en los cuales, si el hombre reina, como señor de sus dominios, gobierna la mujer, como señora de su rey.

Si de niña, adolescente joven, discurrió su vida entre el hogar y la escuela, la iglesia y el salón, como quien se educa al mismo tiempo para la administración doméstica y la cultura intelectual, para las expansiones sociales y para vestal de la honra, de casada, el hogar monopoliza sus cuidados, el marido y los hijos absorben su atención y sólo dedica á la sociedad los instantes que le dejan libres sus deberes de perfecta casada.



Entre las paredes de su hogar, siempre exclusivo suyo, por que cada casa es para una familia sola y no se conoce el sistema de cuartos reunidos dentro de un mismo edificio, con inquilinos diferentes; en el santuario de su *home*, la mujer, madre ó hija, parienta ó allegada, es la trabajadora diligente que vela desde el alba sobre los quehaceres del servicio, dirige el movimiento de la casa, coloca el sello de su mano y el colorido de su gracia sobre todo cuanto es necesario para satisfacer al marido, educar a los hijos y complacer á los extraños. Su influencia se extiende desde el salón á la cocina; sus dedos corren con incesante ardor sobre las labores manuales de la casa, su continua diligencia teje la labor más importante aún de la dicha doméstica, y en la distribución que las costumbres hacen del tiempo, las primeras cuatro ó cinco horas de la noche, así como las de los días festivos, se dedican al cultivo de las relaciones sociales, á tertulia en el salón, á las amenidades de los espectáculos públicos, á los paseos en coche por las calles engalanadas con la presencia de las damas en sus ventanas, siguiendo así su curso la vida de Sociedad, con los atractivos siempre hermosos de la mujer culta, dentro de la grata libertad permitida al hombre respetuoso.

Esto en cuanto á la mujer cuyos haberes le permiten dedicarse exclusivamente, como la ocupación más cónsona con sus deberes y sus inclinaciones, á los quehaceres de la casa, pues en cuanto á las menos favorecidas por la fortuna, duplican sus actividades dedicando al trabajo reproductivo el tiempo necesario, volviendo, una vez terminado éste, á la vida social, al lado de las que no han tenido necesidad de ganarse el pan con el sudor de su frente.

Porque en la sociedad venezolana, el trabajo no es estigma que degradada á la mujer, sino mérito que exalta su virtud; ni hay en nuestra democracia más títulos que los ganados por el comportamiento, ni más aristocracia verdadera que la de la inteligencia. Es cosa corriente ver que la viuda sin rentas, ó la soltera sin apoyo, ó la casada cuyo esposo no puede cubrir todas las necesidades de su hogar, ayude al fomento de su exigua hacienda con su trabajo personal, ya dando lecciones á domicilio, haciendo bordados ó costuras, confeccionando trajes, aderezando platos, ó rigiendo una casa de huéspedes, y que al dejar cumplida su tarea del día, por la noche luzca sus atracti-

vos en una reunión de primer orden, donde no se exige para entrar, ni partidas de nacimiento, ni títulos de propiedades.

La mujer venezolana tiene, como ejecutoria de que hacer mérito, la aptitud para el trabajo, y el hombre se complace, por su parte, en reconocer que dará su mano á quien, llegado un día de penuria, no muy raros en donde las fortunas no suelen acumularse, sino que se vive generalmente al día, podrá prestarle su auxilio, para sacar á flote la nave de su hacienda ida á pique.

En resumen: es la mujer venezolana, como ser físico, análoga á la española, principalmente á la andaluza; como ente intelectual, tan elevada cual puede serlo la hija de la ciudad más avanzada; como personalidad moral, demasiado joven para no conservar la pureza de costumbres de los pueblos sometidos á la ley natural, y gloriarse, como puede aun hacerlo, de no haber sentido llegar hasta su corazón la polilla de los siglos llamados de las luces.

Barcelona, Febrero de 1909.

LETRAS SEFARDITAS

LA MAJESTAD CAÍDA

por Pinhas Asayag

Cayó para siempre el pobre, el desgraciado Abdel-Aziz, sin que haya habido para él la simpatía y consideración que inspira la desgracia, ni aun siquiera, los respetos que la ley musulmana impone para el noble príncipe, el Sheriff Santificado.

Muley Abdelaziz lo fué todo y todo lo perdió de una vez: Fué Sultán absoluto, de poder omnímodo; dueño de vidas y haciendas; encarnación divina del poder y la fuerza ante el cual todos se prosternaban, jefe supremo de la Religión en quien veneraban todos los de la grey mahometana. Desde los ámbitos más apartados de este vasto imperio acudían presurosos á rendirle sus homenajes; su voluntad se imponía siempre y á su voz imperativa se doblegaba todo y todos se sometían; hasta los más díscolos, deponían su actitud ante el sumo pontífice del Islam; el Representante de Dios sobre la tierra.

Hoy las cosas han cambiado de extremo á extremo y el que tanto pudo y tanto valió, no es nada y su gloria y su poder se han desvanecido como el humo.

No es que el vértigo de las alturas le haya cegado; no es, menos, que la ambición le haya llevado por caminos que fueron su perdición. Fueron únicamente su inexperiencia y los consejos interesados de la gente sin ley ni conciencia que le guiaban, los que causaron su desgracia y le arrojaron al abismo en que ha caído.

Abdelaziz es verdad, cometió muchos errores, hizo grandes despilfarros, dilapidó la hacienda del país, desencadenó odios y provocó á los creyentes hiriéndoles en sus sentimientos religiosos ó en su fanatismo, todo por falta de experiencia y perspicacia que aprovecharon sus consejeros para convertirle en instrumento inconsciente de sus pasiones y sus concupiscencias, pero no hizo mal á nadie; al contrario, practicó el bien, fué generoso, improvisó personajes, creó grandes señores, llevó á muchos de la nada á las alturas del poder, les colmó de mercedes les hizo nadar en la abundancia, enriqueció á mucha gente, prodigó sus bondades y repartió el dinero á manos llenas.

Y cuando la fortuna tornadiza y voluble le abandona, cuando su estrella se apaga, cuando el cetro se le va de las manos y la corona cae de su cabeza, cuando deja de ser Sultán y el soberano que fué omnipotente cae al foso de la nada reducido á su mínima expresión, todos le vuelven la espalda, todos le abandonan, ingratos, olvidándose que sin su munificencia no serían lo que hoy son.

Hoy Abdelaziz no tiene nada que dar. ¿Para qué vale? ¿Para qué consolarle? ¿Para qué manifestarle adhesión en la desgracia como se le adulaba en el poder? Todo esto es muy humano y así pasan las glorias.

Aquí está Abdelaziz viviendo en Tánger como un simple particular. Tiene su residencia en el monte, distante tres cuartos de hora de la población, en dos hermosas fincas que ha arrendado y una y otra que posteriormente, ha comprado y donde piensa construir una gran casa *ad hoc*, que reúna todas las comodidades que pueda apetecer.

Pasa sus días en el retiro rodeado de sus mujeres y esclavos que pasan de treinta y disfruta de una renta anual de siete mil libras esterlinas que su hermano Muley Hafid le ha asignado, aparte de algunas otras entradas que le proporcionan unas propiedades de su padre el difunto Muley Hassan.

Le visitan muy contadas personas distinguiéndose entre estas por su constancia, el famoso Menebi que fué su ministro de la Guerra y hoy reside en Tánger, protegido por Inglaterra y gozando de una gran fortuna.

Abdelaziz suele hacer excursiones por las afueras de Tánger y va muy á menudo á visitar la tumba del Morabito Sid Mohamed el Hach patrono de Tánger, donde se levanta una pequeña mezquita que utiliza para sus oraciones. Sale sin aparato de ninguna clase acompañado de unos pocos criados. Le

vi por primera vez un día de esta semana en el camino del monte. Iba montado en un soberbio caballo gris, acompañado solamente de dos esclavos. Su figura muy arrogante llama la atención á primera vista y cualquiera puede notar desde luego sin conocerle, que se trata de un personaje muy principal, aun en la modestia de su porte y su falta de ostentación.

Eramos muchos los de la excursión y él, Abdelaziz, el antes Sultán, se retiró á un lado para dar paso á los señores que invadían el camino real. No le conocí al pronto, de otro modo, le hubiera saludado de modo ostensible, hubiera rendido un merecido homenaje á la majestad caída.

Al pasar Abdelaziz y saber yo que me hallaba frente á frente, de un Emperador destronado, sentí ante su simplicidad cierto estremecimiento del que todavía conservo la impresión.

Me hice mil reflexiones sobre la inestabilidad de las grandezas mundanas y subió de punto mi indignación ante la actitud despreciable y cobarde de los moros que nos acompañaban, pues que veían pasar á Abdelaziz con la mayor indiferencia y hasta con cierto desdén, sin que ninguno de ellos corriera á besar el *Sulham* del Sheriff ya que no del ex-sultán, que siempre fué para ellos persona sagrada y de la veneración de ellos todos.

Tal es la psicología de estos marroquies que cobardes siempre, y adoradores de la fuerza, niegan hasta un saludo á la majestad caída.

Tánger, febrero 1909.

¡SIEMPRE EL PREJUICIO!

por Isaac S. Elmaleh

¿Usted cree, — me preguntaba hace días cierto amigo mío, — usted cree que si los hebreos llegasen algún día á vivir bajo la protección de la nación española, hallarían, en efecto, tanto amor, tanta simpatía como de la noble y desinteresada campaña emprendida por ciertas personalidades puede desprenderse?

¿Serían esta simpatía y este amor tan sinceros, como decidido y plausible es el empeño con que se desea hacernos volver á la patria donde nació y se desarrolló el poderío espantoso de la Santa Inquisición?

No he de ocultar que al ser interrogado de tal modo sobre asunto tan repetidamente discutido, estuve á punto de dejar sin réplica la pregunta de mi amigo, puesto que ya, por efecto quizás de las tantas y tan absurdas consideraciones que acerca de los hebreos se han hecho; más apropiado y prudente y lógico fuera no tratar este asunto sino como algo que, lejos de constituir una campaña que pone de relieve la nobleza y el alto espíritu de justicia de quiénes la iniciaron y la sostienen, fuese uno de esos fantásticos y quiméricos sueños que luego la realidad se encarga de desvanecer.

Pero, de una parte, el respetuoso afecto que á este amigo profeso desde antiguo, y de otra, mi deseo de demostrar que el tradicionalismo, los prejuicios que contra el pueblo hebreo siguen abrigándose, sólo pueden crear un ambiente de odio mal encubierto, me indujeron al fin á dejar satisfecha la curiosidad con que este amigo mío me disparaba su pregunta.

Hay sobrados motivos para creer que, en los actuales momentos, los esfuerzos nobilísimos de los que trabajan por rei-

vindicar á nuestra raza de fatales errores pasados, sólo sirven á lo sumo, para preparar á futuras generaciones, que acaso reconozcan y condenen la infame injusticia con que el hebreo era tratado, desarraigando así de sus corazones ese odio salvaje que sus ascendientes tanto se complacían en exteriorizar y difundir.

Nuestra candidez y optimismo serían ridículos si nos dejásemos ingestionar por la sin duda alguna sincera y constante defensa que del pueblo hebreo hace una fracción de valientes y despreocupados españoles, a la que, por desgracia, tan exiguo apoyo se presta; ciertamente ridícula y sin fundamento, mientras sean los menos — no obstante su reconocida valía — aquellos que á nuestro lado se coloquen, animosos de contrarrestar las consecuencias de un fanatismo, tan incomprensible y absurdo en este siglo de progreso y libertad, y continúen los más figurándose al hebreo como hijo de una bastarda concepción, en el que ha de encerrarse, forzosamente, alguna cualidad que le designe y le haga aparecer repugnante y odioso.

No estuviera nuestro pesimismo justificado si aquéllos que insisten, siempre que la ocasión se presenta, señalando en el hebreo impulsos sanguinarios de la más baja naturaleza, fueran gentes sin cultura, ni educación, en las que ejercen poderoso influjo arcaicos y ya irrisorios prejuicios, como ocurre entre aquellas á quienes la ignorancia ó la estulticia sepultan en la más espantosa oscuridad; pero acontece que en la mayoría de los casos en que el pueblo hebreo recibe uno de esos golpes hipócritas y cobardes, no es un analfabeto, no es un cegado por el fanatismo religioso, como pudiera creerse, quién mancha la mejilla del hebreo, sino personalidades que en literatura y artes han conquistado un nombre famoso, quiénes, al zaherir al judío, parecen experimentar esa indigna complacencia con que el Tenorio despechado escarnece públicamente la honra de la mujer que no le quiso y le desprecia.

En novelas y artículos se ha presentado al hebreo, con frecuencia lamentable, no como él es, en realidad, sino como al novelista mejor — ó peor — le ha parecido; y muchas veces, en que para nada era necesario nombrarle, se le ha nombrado — como hace unas semanas hacía un ilustre novelista en *El Heraldo de Madrid*, — con el fin, acaso, de recordar á los que empujezan á reconocer la justicia y noble desinterés de aquellos que le defienden, que el hebreo, á semejanza del verdugo despreciado, ostenta en su frente el estigma de la maldición.

Estas, que quizás pudieran parecer fútiles observaciones sin trascendencia,—y algunas otras que dejo ahora en el tintero—me inclinan á pensar que para hacer realizable el pensamiento hermoso y justo de los que sueñan ver algún día á los hebreos acogidos por España, es de absoluta necesidad que ese odio oculto que corroe las entrañas de muchos seres, y que de tal modo alienta en aquellos que, no obstante su gran talento y su cultura, continúan exteriorizando sus inconcebibles prejuicios contra el hebreo, se desvanezca al cabo totalmente, para dejar lugar á la difusión de ese amor y de esa simpatía que el pueblo español no podrá menos de sentir hacia sus hermanos desterrados...

Gibraltar, 18 de Enero de 1909.



GRANDES HOMBRES DEL JUDAISMO

RABÍ, MOSEH, BEN MAYMÓN

(MAIMONIDES)

por José Farache

Interesantísimas han sido las conferencias que el sabio, doctor Daiches ha venido dando en Londres estos últimos días, versando sobre las figuras más sobresalientes del pueblo de Israel; pero poco, muy poco se ha ocupado de nuestro gran Maimonides. Recordémosle nosotros, haciendo una breve reseña del gran sefardita.

Era en el siglo XII, hacia el año 1130, cuando Córdoba vio nacer al padre de los talmudistas, Rabí Moseh Ben Maymón, denominado el *Egipcio* por su prolongada permanencia en Egipto, como médico y consejero del Sultán del Cairo; llamado en aquel país **RAMBAM**, por las iniciales del suyo propio, y dejando el adagio en el mundo hebraico de **MAN. MOSEH. VEAD. MOSEH. LO. HAYÁ. QUEMOSEH**, por su inmensa sabiduría, por su piedad, por su laboriosidad, por sus profundos estudios en toda ciencia. Sus obras son tantas y de tanto valor que Rabí **GUEDALIAH** en su **SELSELET. HAKABALÁ**, dice no le alcanzaría el tiempo si quisiera referirlas todas: no obstante nosotros que tenemos necesidad de ser breves, le citaremos algunos comentados manifestando que las que bajo tal concepto le corresponden son: **YAD. JAZAKÁ** ó **MISHNÁ TORÁ**. Repetición de la Ley, **MORÉ NEBUKIM**. Maestro de perplejos, y **PERUSHIM**. Comentarios; todo escrito en hebreo muy puro y con elegante estilo, y en árabe correcto y elegante.

Filósofo eminente, Matemático profundo, Médico observa-

dor, Naturalista consumado, Teólogo piadosísimo, Jurisconsulto insigne, Lógico, Gramático, Filólogo, gran conocedor del idioma hebreo, caldeo, griego, y sabinico, produjo Maimonides obras admirables en todo género, que no es de nuestra incumbencia examinar ni aun citar; pero en honor de la literatura española, bastante abandonada en materia sefardita, permítanos dejar correr la pluma siquiera por la inmensa riqueza que los judíos españoles legaron á este país en todos los ramos del saber humano, y por el contacto que tienen todas las obras de Maimonides con la Biblia y sus más antiguos *parafrases*, con los *masoretas*, *targumistas*, *talmudistas*, y *cabalistas* más profundos, y con los *expositores*, *traductores* y *gramáticos* hebreos y cristianos.

A los 23 años comenzó la obra YAD JAZAKÁ, *Mano fuerte*, estando en Córdoba, acabándola en Egipto de edad de 40; esto es, 17 años invirtió en esta MISHNÁ. DE MISHNÁ. Repetición de repeticiones, pues es una glosa jurídica, legal, sapientísima de la MISHNÁ de YEHUDAH HAZADIK de que hemos hablado en nuestro «Origen del Talmud». La obra de Maimonides está escrita en hebreo muy correcto, á cuya lengua dijo traduciría todas las demás suyas, si tuviera tiempo, contestando á un judío que le invitaba desde Babilonia á que las pusiese en árabe: tal era la superioridad que reconocía en el idioma de MOSEH. RABBENU. para los *comentarios* de estos y demás autores sagrados de la Biblia; y tal su sentimiento por haber tenido que escribirlas en árabe que era en su tiempo la lengua más conocida y cultivada en España; más aquellos deseos del sabio cordobés se realizaron en parte por sus discípulos y otros piadosos sabinos posteriores, traduciendo casi todos sus libros en hebreo.

La obra MORÉ NEBUKIM, superior en mérito, en doctrina, y en toda clase de conocimientos á la anterior YAD JAZAKÁ se cita con la mayor recomendación por todo linaje de críticos *expositores*, hebreos ó cristianos, romanos ó protestantes, antiguos y modernos; pero con distintos epítetos que son su mejor elogio.

En los Comentarios de Maimonides, lo mismo que en las dos obras anteriores se echa de ver el manejo más asombroso de las Santas Escrituras; y como si no se hubiera dedicado á otro estudio en toda su vida, le vemos emprender los *comentarios*, no por la vía cabalística de otros piadosos sabinos, ni por el método *talmúdico* ó doctrinal, no, sino casi como un verda-

dero *caraita*, buscando la explicación de la Ley en la Ley misma, y venciendo las dificultades de la letra con la misma letra que otros dejaran abandonada por impenetrable. Con tal motivo vemos la causa por qué los *talmudistas* franceses quemaron públicamente las obras del sefardita Maimonides, teniéndole por APIKORÓS, hereje, y como destructor del judaísmo; tenemos el convencimiento de que los *expositores* cristianos tomaron sus mejores doctrinas exegéticas de los más renombrados sabinos; y que á veces lo que en ellos se admira es una pobre rapsodia, una imitación de los *comentarios* rabínicos, de su doctrina, cotejo de pasajes, ciencias, erudición y estudio de aquellos santos varones que parece no hacían otra cosa ni ocupaban su alma en otro asunto que la Biblia.

Como si no se hubiera dedicado á otro estudio en su vida nuestro magnánimo Maimonides, decíamos, se entregó á *comentar* siendo así que de aquel profundo ingenio hay en España una colección admirable de obras, sin contar los *Códices* preciosísimos que encierra la Biblioteca del Escorial, como son la *obra completa de Medicina* escrita en árabe, *El Compendio de las obras de Avicena*, *Los Aforismos de Maimonides*, *Los venenos y sus remedios*, *Las flores de Galeno*.

Para terminar diremos que los epígrafes de sus obras bastan por sí solos para dar á conocer la profundidad de su ingenio y el mérito de sus escritos.

ARTE

MARGARITA LA TORNERA

por Fritzchen

Sólo una causa ha impedido en todo el siglo XIX y continúa impidiendo el nacimiento de la ópera española, que no es propiamente el drama lírico escrito y cantado en español ó compuesto por músicos hispanos.

Esta causa patogénica del arte lírico de nuestra tierra, ya la señaló el inolvidable Peña y Gofí, hace muchos años, enumerando los estragos hechos en el arte de Europa por el genio de Rossini.

La esclavitud rossiniana es la peor epidemia de todos los compositores desde hace cerca de un siglo.

Alemania tuvo un Weber que la libertó de tan odiosas cadenas, y el arte fuerte de Wagner tiene su precedente natural en el *Freischutz*. A raíz de este drama lírico la estética germana nace al género de ópera nacional.

¿Hemos llegado á ese caso con Chapí y su *Margarita*?

A juzgar por el macizo de prosa reporteril que nos han colocado los críticos ó lo que sean de la prensa madrileña parece que sí. Esto se desprende de los vulgarísimos encomios que de tal obra han venido haciendo, porque ninguno no ha dicho que es musicalmente la ópera de Chapí, la mayoría por ignorancia supina, unos pocos por amistad, respetos á consideraciones más turbias.

Si no hubiéramos oído la ópera, estaríamos á oscuras, de ello pues apenas nos han hablado de la musicalidad de la nueva obra de Chapí.

Y sin embargo la reciéncreada *Margarita*, musicalmente

puede resumirse en muy poco espacio y en razones de no muy intrincado conocimiento estético.

Aquí se han confundido, al juzgar á *Margarita* dos cosas: el patriotismo y el arte. El primero, por tratarse del más popular de los maestros de nuestra tierra nos manda aplaudir sin reservas; el segundo exige autoridades mayores y por eso se le ha dado de mano.

Una cosa hubiera sido decir que el maestro Chapí ha hecho una buena ópera, pero ópera á secas, y otra es afirmar inconscientemente que el género del drama lírico nacional salía á la vida del arte por un prodigio semejante al que ocurrió en Alemania con el estreno del *Freischutz* y por tanto que teníamos beligerancia estética en la música sabia universal.

La obra de Chapí, á nadie medianamente conocedor de lo que es este excelente maestro ha sorprendido en nada.

A la producción de las grandes creaciones del arte, esas obras que señalan una época ó un cielo en la cultura de un país, concurren muchas circunstancias unas necesarias, como las de ambiente y otras de máxima contingencia, como el cultivo especial y renovación que cada artista labora en sí mismo con arreglo á su temperamento.

El gran maestro Chapí, artística y humanamente hablando es uno de los aplastados por la vil prosa de este siglo de bárbara civilización material.

Ni él ha querido, ni habrá podido prepararse á las austeridades de la gestación de una obra magna.

El mismo nos lo ha dicho: *Margarita la tornera*, en sus líneas esenciales, fué hecha en unos días como pasatiempo de verano.. así tiene que ser ello.

Efectivamente la obra chapiniana es ante todo fragmentaria é ilógica.

El primer acto es totalmente opuesto á los otros dos y muy superior á ellos por ser el más sincero.

Las situaciones musicales del primer acto están sentidas con poesía y sinceridad. Tiene alguna libertad de ritmos y las ideas melódicas responden á un temperamento definidamente español.

Además este acto es también lo mejor hecho del detestable libro de Fernández Shaw.

El acto segundo de la ópera es poco profundo y ya no responde á ningún género de música ni de temperamento así es él

de incoloro é insípido; y en el tercero es aún mayor la caída del maestro.

Siendo en el poema el acto de mayor intensidad dramática, la música apenas si expresa sentimientos rectamente definidos. En la orquesta los diseños son poco interesantes y las melodías poco expresivas. Desde luego que en este acto Chapí ha tenido el mayor enemigo en los versos del libro que son rematadamente malos, y en sus pasajes desprovistos de toda unción y poesía.

Creemos pues que el maestro, con otro poema mejor hubiera hecho seguramente más música y ésta mas hispanamente inspirada.

En una palabra Chapí, ha estrenado una ópera, ni peor ni mejor que muchas de repertorio mundial... pero que la música española, tal y como es alemana la de Weber y Wagner, sigue lo mismo que estaba, es decir sin descubrirse mayormente en el género dramático.

* * *

«GOETTERDAEMMERUNG»

El maestro Menéndez y Pelayo, dice en sus *Ideas estéticas* (volumen del transcendentalismo alemán) que «Wagner es el acontecimiento más grande del ciclo de la estética alemana que comienza en Kant, y cuyas consecuencias aún están por determinar» y puede añadirse que de la inmensa obra del coloso de Leipzig, la trilogía de los Nibelungos es lo más grande de todas sus producciones, en música, filosofía y poesía.

Para todos los delectantes hispanos son harto conocidas, aunque fragmentariamente, las jornadas nibelúngicas, y sus estancias sinfónicas más interesantes, y por eso la espectación de oír íntegro *El Ocaso de los dioses* era inmensa.

Ha pocos días que esta obra se dió á conocer en París.

Los madrileños la hemos oído al mismo tiempo que los parisienses, pero con una diferencia en nuestro favor, y es que nuestro *Ocaso*, ha sido más fielmente interpretado que el de París, con arreglo al espíritu wagneriano.

Los intérpretes de la obra del Real, por ser en su mayoría alemanes, incluso el maestro director de la orquesta, han traído á Madrid el perfume salvaje de los héroes escandinavos, evocando en nosotros un arte nuevo y una inspiración poética deliciosamente bárbara.

No hemos hallado en obra teatral alguna—aun sin exceptuar las mejores tragedias sin música—manantial más vivo de emociones dramáticas.

La epopeya en su belleza constitutiva, no se siente en obra alguna de la inteligencia humana como en ese supremo poema de derrumbamiento que llamó Wagner *Goetterdaemmerung*.

Al llegar el momento de la muerte de Siegfried, llorábamos lágrimas de dolor supremo, sintiendo la última angustia de un juicio final de todas las cosas.

La orquesta lloraba las fúnebres tonalidades de un dios muerto al peso de la maldición de un enano; y de todo aquel caos, resurgieron los accents de la blanca Brünhilda que entre el fuego y el oro maldito del Rhin buscaba el postrero beso del esposo amado.

El público aplastado por tanta grandeza, ni interrumpió con sus aplausos.

El día 7 de marzo de 1909, ha sido inolvidable, no porque se conocía esta epopeya, sino por el inmenso triunfo del público madrileño, del verdadero pueblo que asistía al entierro.

Efectivamente, se estrenó el *Ocaso de los dioses*, con el abono de las funciones de tarde que es público burgués y de sentimientos é intelectualidad poco complicados y aquello era de ver en ovaciones sinceras y delirantes después de oír con atención piadosa las dos horas de elocuencia musical de ese inolvidable primer acto.

No cabe en musicalidad ni en epopeya mayor coronamiento ni más grande fin de una obra y una acción no ya humana, sino de dioses y de héroes y que la perfeccionada en el *Goetterdaemmerung* por Wagner, después de su poema *Siegfrieds Tod*.

Lo verdaderamente consolador ha sido la labor del público que hace veinte años se reía de Peña y Goñi y Manrique de Lara, dejándoles por locos cuando empezaron á descubrir la trilogía wagneriana, y hoy ha llegado al final de esa magna obra no sólo sin trabajos, más sino con fruición y contentamiento.

LETRAS EXTRANJERAS

MULTATULI

Trad. de E. D. C.

Escasamente conocida en España es la literatura holandesa. Cuenta, sin embargo, en lo antiguo, y sobre todo en lo moderno, con talentos de primer orden. De uno de estos queremos hablar hoy.

Eduardo Douwes Dekker, más conocido por el pseudónimo que adoptó, *Multatuli*, tomándolo de un verso de Horacio: *Multa tulit fecitque puer sudavit et alsit*, es, ante todo, un escritor de combate. Su vida fué de lucha y sus escritos las armas que esgrimió.

Hijo de un capitán mercante, no acertó á someterse á la autoridad paterna que le encaminaba hacia el comercio marítimo, y prefirió buscar su manera de vivir en las colonias holandesas. Su carrera administrativa que comenzó en Java, el año 1838, desenvolvióse próspera, gracias á su inteligencia y actividad, pero terminó bruscamente en 1857. Era á la sazón asistente residente del distrito de Lebak en la residencia de Bantam.

Tiempo había tenido, en los sucesivos empleos que desempeñó, de hacerse cargo de la profunda inmoralidad del sistema colonial de los holandeses en Java. Por denuncias contra un superior, más fuerte que él, tocáronle dificultades de tal índole que se vió obligado á presentar la dimisión y á trasladarse á la metrópoli.

Espíritu apasionado y violento, con sed de alta justicia, pensó en hacer á todos conocedores de las tremendas inmoralidades que había tenido ocasión de presenciar. Y de esta idea



nació su primer libro: una novela titulada: *Max Havelaar*, que se publicó en 1860.

Aquel libro, por más que la mala fe del primer editor y el silencio que intrigas de los denunciados trataron de hacer, se opusieron á su difusión, cayó como una bomba, según la frase de un crítico inglés; el escándalo é indignación que produjo fueron tremendos, y, como consecuencia, una mejora en la administración colonial no tardó en hacerse sentir, muy lentamente.

Multatuli consiguió el fin que se proponía: ser leído. Y desáballo con tal ardor, que en el epílogo de la novela llega á escribir, después de insistir con ahinco en su deseo.

«¿Y si se obstinasen en no creerme?»

»Entonces traduciría mi libro á los pocos idiomas que conozco y á los muchos que puedo aprender, para pedir á Europa lo que habría buscado inútilmente en los Países Bajos.

»Y en las capitales cantaríanse canciones con estribillos como este: *¡Hay un reino de piratas, á la orilla del mar, entre Westfalia y el Escalda!*

«¿Y si tampoco esto me sirviera de nada?»

»Entonces traduciría mi libro al *malayo*, al *javanés*, al *sundah*, al *alfur*, al *bughi*, al *bottac*...

»Y precipitaría himnos provocadores de rebelión en las almas de los pobres mártires á quienes he prometido socorrer yo, *Multatuli*.

»Ayuda y socorro por los medios legales, si es posible... por la vía *legítima* de la violencia si es *necesario*.»

Hombre que escribe y piensa de este modo, no ha de aplacarse fácilmente. El autor desarrolla su novela como si estuviese escrita en los capítulos *sérios*, de negocios, por el comerciante de café Droogstoppel, y en los patéticos por su empleado el alemán Stern. Max Havelaar es un poeta, compañero de infancia de Droogstoppel, víctima de todas las iniquidades y desventuras, y retrato, en cierto modo, del autor del libro.

Después de esta obra, buscó *Multatuli* mayor campo á su indignación y á su sátira y se volvió contra la hipócrita sociedad holandesa, dominada por toda clase de preocupaciones.

Cartas de amor (1861); varios tomos que tituló *Ideas* (1862-1874), en uno de los cuales publicó una obra dramática, en verso suelto, *La Escuela de los Príncipes*, que él consideraba como su mejor producción; *Las Especialidades* (1872) y los *En-*

sayos millonescos (1873), son obras todas ellas de sátira feroz, diatribas contra todas las instituciones y contra todas las ideas corrientes. Religión política, arte, moral, nada quedó intacto. En lucha constante, la vida en Holanda se le hizo imposible, y tuvo que emigrar, trasladándose primero á Wiesbaden y más tarde á Nieder Ingleheim, á orillas del Rhin, donde murió en 1887. Había nacido en Amsterdam, en 1820.

La labor de *Multatuli*, más que literaria fué política y moral. Anatole France encuentra en él algo de lo que fueron los filósofos franceses que prepararon la Revolución. Su forma es descuidada, nerviosa; quizá nosotros, los españoles, pudiéramos compararle con un escritor menos conocido de lo que merece serlo; con el que se firma *Silverio Lanza*. Hemos procurado traducir algunos de sus fragmentos característicos. Para conocer su obra es muy conveniente el tomo de páginas escogidas publicado en francés el año 1901, por Alejandro Cohen, del que principalmente nos hemos auxiliado. Se han publicado traducciones completas de sus obras en alemán, muy económicas, en la *Bibliothek der Gesamt-Litteratur des In- und Auslandes*, que ve la luz en Halle.

AMOR DE LA MENTIRA

(Á FANCY)

¡No, mis cuentos *no* son desolados. La ignorancia no es virtud, y en menos que al odio estimo al amor inteligente! ¡Sabed, conoced, distinguid y elegid!

Sólo después de esta elección será el amor precioso.

¡Ah! comprendo vuestro espanto, al ver ante vuestras miradas descornado el telón que con premeditación y perfidia habrán interpuesto entre los ojos vuestros y la verdad! Los padres recibieron mentiras... mentiras transmiten á sus hijos. Como el oriental que busca el gozo en el aturdimiento del opio, preguntan: «¿Pero entonces, qué?» cuando alguien les demuestra que sus concepciones descansan sobre bases que vacilan.

—¡Hay una vía de agua en el navío!... exclama, desatinado, el capitán.

Y el pasajero le replica:

—Impediré que la tapéis á menos que no me déis en su lugar algo análogo.

¡Yo prefiero navegar sin vía de agua!

Constantemente oigo formular este deseo á los pasajeros encaprichados por las vías de agua:

—¡Perfectamente! ¡Es una mentira, una fábula, es vergonzoso! Pero... ¿qué nos dáis en cambio?

Esto equivale á decir: ¿Qué otra impostura nos serviréis en sustitución del plato de mentiras que nos arrebatáis?»

Yo pudiera contestar: «Ninguna... ¡no sé nada! No tengo veneno que ofreceros en lugar del veneno que con rudeza, pero con buena intención, os arranqué de la mano que, en son de amenaza, cerráis en puño, en la ingrata irritación que os produce una sensación de vacuidad.»

Esto pudiera contestaros.

Pero prefiero decir: «¡Quisiera daros alimento sano! ¡Me gustaría enseñaros la autoridad por el amor, el bienestar por la justicia, la felicidad por la virtud! ¡En una palabra: quisiera incitaros á ser hombres! ¡Nada más!»

Se engañan y os engañan los que pretenden que «ser hombre» es algo indigno. Este es el defecto de las religiones mal comprendidas... (La palabra culto estaría aquí fuera de lugar.)

(De CARTAS DE AMOR.)

PATERNIDAD

No es verdad que el hijo deba respeto y afecto á sus padres.

Este odioso mandamiento se ha inventado para comodidad de los padres conscientes de su falta de autoridad moral, demasiado indolentes y demasiado áridos de corazón para merecer tal afecto.

A mis hijos:

Sois todavía pequeños y no me entenderíais. Pero día vendrá en que leáis lo que ahora escribo.

Pues bien: Si ante vosotros alguna vez invocara mi paternidad... ¡reíos en mis narices!

¡Si de vosotros exigiera alguna vez respeto, burlaos de mí!

Si reclamara alguna vez vuestro afecto porque... porque... ¿cómo decirlo?... vuestro afecto porque en un momento dado hice algo, sin pensar para nada en vosotros... mucho antes de que existiéseris...

Si os pidiera alguna vez afecto por este motivo... echadme inmundicias!

Refos en mis narices, burlaos de mí, échadme inmundicias si alguna vez exigiera de vosotros respeto ó afecto... por *eso!*

FUERA DE PROGRAMA

En un hospital de Amsterdam, tenían que amputarle una pierna á un marinero.

El cirujano le hizo la operación. El hombre, entre tanto, fumaba estoicamente su pipa. Apretaba bien los dientes de tiempo en tiempo, pero consiguió dominar el dolor.

El operador admiró su fortaleza de ánimo y habló de ella entre alabanzas, al vendar la herida.

De pronto, el heroico paciente lanzó un grito de dolor...

El cirujano le había pinchado.

—¡Cómol... gritar así, por un pinchazo, usted, que hace un momento...

—Es verdad... pero mire usted, señor doctor, ese pinchazo no estaba en el programa!

El marinero tenía razón para quejarse.

(DE IDEAS.)

DON ALONSO RAMIREZ

La escena pasa en Valladolid.

Ignoro si el lector conoce esta ciudad y al buen cura Alonso Ramirez, canónigo de la catedral, poseedor de una galería de cuadros tan hermosa, fino conocedor, tan apasionado por el obscuro Murillo.

Algo quiero contar de él. Pero si yerro en la ortografía de

los nombres españoles, pido perdón. Porque sólo por haberla oído contar conozco la historia, y no por Cervantes.

—Hay personas que se muestran grandes en lo pequeño, pero que son mezquinas en las grandes ocasiones. Raras veces proporcionamos de manera razonable nuestros esfuerzos, sensaciones, juicio ó conducta. Gastamos fuerzas considerables en bagatelas y nos juzgamos dueños de salvar sin esfuerzo serios obstáculos. La moralidad verdadera consiste en apreciar escrupulosamente la naturaleza de las cosas. Malbaratamos nuestra alma en cosas fútiles y nos declaramos en quiebra sin que nos presenten la letra por algo real. Vos mismo, D. Alonso— aunque persona excelente y discreto como el que más— constantemente os engañáis en la medida de vuestra indulgencia y de vuestra indignación.

Tal razonamiento hacía un caballero español, que gustaba de filosofía y de moral, á su amigo el buen cura Alonso Ramírez.

Protestó D. Alonso afirmando que no tenía conciencia del defecto que le atribuía su amigo.

—¿Medir yo mal mi indulgencia y mi indignación? ¿Yo, canónigo de la catedral? ¡Habría que probármelo! ¡Tres reales de oro al que me lo pruebe, D. Pedro!

—¿Tres?... ¡Bien poco es! Por tres reales y medio yo me encargo, pero no rebajo un maravedí. Si aceptáis la apuesta, me comprometo á sorprenderos hoy mismo aferrado á frivolidades mientras paséis indiferente junto á lo que importe. Seréis culpable, por un lado, de ligereza injustificable y por otro de indignación exagerada... es decir, de inmoralidad. Porque crea D. Alonso, la moralidad verdadera consiste en la medida justa.

Aceptó el reto el buen cura y dejó á su amigo D. Pedro, convencido en absoluto de que pronto aumentaría su riqueza en tres reales y medio de oro, perspectiva muy grata para él que necesitaba de subsidios para sus pobres. Prometiése apreciar meticulosamente cuanto se presentara y cualquiera cosa que fuese, no poner en ella más de su ánimo que lo que mereciera en estricto juicio. Pensaba, como hombre muy bondadoso, que no sería empresa muy difícil, pues bastaría le obedecer á sus impulsos, y como, además, estaba bien educado y era inteligente, no necesitó de larga reflexión para saber qué suma de cortesía cumplía emplear para con el alcalde de Valladolid, á quien encontró al paso; para con el doctor Muysavant, profesor de teología comparada; para con D. Pascual, en cuy^a

casa comía una vez por semana, y para con la esposa del comandante de la ciudad, señora amable é influyente. A los pobres y á los humildes dióles también escrupulosamente, don Alonso el honrado, cuánto les era debido. Mariquita, vieja patizamba, recibió de él un saludo acompañado, á más de una bendición, de alguna calderilla... presente no el menos importante de los tres. A Benmo, el carpintero borracho, aconsejóle que se fuera á dormir: lo mejor para un hombre ebrio, y abstúvose de advertir á la doncella de D.^a Dolores que en la ventana de su señora flotaba una servilleta. «¿Quizá es un telegrama!» dijo para sí el excelente eclesiástico, y él no era un atajazolaces ni un destripa-cuentos. Si D.^a Dolores se entregaba á telegrafías subversivas, ya lo sabría él en el confesonario, y siempre estaría á tiempo de emplear medios represivos.

De vuelta en su casa, regañó, en debidas proporciones á su criada vieja, que había dejado quemar una olla. Si la hubiese refñido más fuerte, su severidad hubiera sido excesiva. «Después de todo, se dijo, también á mí se me olvidan las cosas, á veces... nadie es perfecto, y... tres reales y medio de oro son una buena cantidad!» Si la hubiese refñido menos, hubiérase hecho culpable de exagerada indulgencia, cosa que pudiera haber expuesto, por consiguiente, á carbonización, á todas las ollas futuras. Quién sabe si hasta algún día se hubiera visto obligado á poner á su sirvienta en la calle. En resumidas cuentas, no se le hacía demasiado insoportable, y tres reales y medio de oro...

—¡Yo!, ¡no observar yo las proporciones justas! exclamaba; D. Alonso. ¡Poco que me extrañaría! ¡Si no he hecho en mi vida otra cosa! Ya puede mi amigo D. Pedro aprestar sus tres reales y medio de oro. ¡Con tal que sus balanzas sean exactas' y sus pesos también! ¡No observar yo las proporciones justas!...

Picóle en esto una mosca que se había empeñado—un día más de flaco, *por todos los santos*, ¿no era una vergüenza?—en extraer su alimento de la mejilla derecha de D. Alonso. El primer impulso de aquel hombre indignado, y picado fué el de propinarse un sonoro cachete, más vigoroso en verdad, de lo que se necesita para matar á una mosca...

—¡Bah! con tres reales y medio de oro puedo hacer mucho bien, se dijo. ¡No me pescaréis, D. Pedro!

Y mató á la mosca con moderación.

El lector se servirá reconocer que las probabilidades de don Pedro no eran brillantes.

La hora del confesionario había llegado. El bueno de don Alonso escuchó con bien proporcionado interés las confesiones de sus penitentes, y á cada cual dióle su merecido. Salpimentó con cierta dosis de mansedumbre un tanto de conveniente severidad, y todo el mundo quedó contento... menos el Diablo, de cuyo descontento no hay que preocuparse.

En esto, presentóse un extraño. Embozábbase en la insondable capa que, desde la eternidad, representa papel tan importante en las novelas y ahora también en esta historia. El hombre confesó... ¡cosas espantosas! Para empezar: había robado —¡en Viernes Santo!— el tesoro de la catedral de Zaragoza.

—No está eso bien, en verdad, hijo mío, proclamó D. Alonso. Pero Allá Arriba hay misericordia. Devuelve los objetos robados, y después...

Impuso penitencia al ladrón. Mil «salutaciones angélicas» por el robo execrable. Y por la profanación del viernes más sagrado, mil y una!

El pecador continuó. Había tenido la desgracia de vender su hijo único á los Moros, por diez zequíes...

—No está en verdad eso bien, hijo mío, dijo D. Alonso. Pero Allá Arriba hay misericordia. Vaya á Marruecos, rescate al hijo, y después...

Sigue la penitencia: un par de docenas de avemarias ó algo semejante.

El vendedor de niños, en un momento de impaciencia, había matado á su padre y á su madre.

—En verdad, eso no está bien, hijo mío, opinó D. Alonso. Pero Allá Arriba hay misericordia. Haga decir tres mil misas por la salvación de sus padres amados; prométame que no lo volverá á hacer más, y después...

Sigue la penitencia: otras dos docenas de avemarias ó algo por el estilo.

—¡Y ahora, hijo mío, váyase y no vuelva á pecar! Levante el alma espantada de su prosternación y tenga fe en la misericordia infinita del Salvador que también ha muerto por él. Mire allá, en la pared, su imagen, pintada con tintas de sol y para confortación de los fieles, por Murillo, el único...

—Reverendo Padre... ¿eso un Murillo? ¿Ese bufuelo?

—¡Tunante! ¡Eso no te lo perdonaré mientras viva!

—Mi querido Alonso, servíos entregarme tres reales y medio de oro, dijo D. Pedro, soltando la capa.

—¡Caramba! ¡exclamó el cura, viéndose cogido en falta. Perdí, pero—y añadió: ¡caramba!—de haber sabido que el negocio tenía que acabar así, por el mismo precio hubiera reprendido más á mi cocinera!

(DE IDEAS.)



UNA SINFONÍA CATALANA

por P. de Mugia

El 3 de Marzo se celebró un concierto muy interesante en la sala berlinesa de Blüthner, bajo la dirección de Juan Manen, joven violinista y compositor, considerado hasta cierto punto como un sucesor de Sarasate. La orquesta, reforzada, ejecutó al final su primera sinfonia, *Nova Catalonia*. Dos ideas fundamentales tiene la obra. La idiosincracia popular y su anhelo supremo crea un ideal artístico propio. El ideal es el renacimiento del arte primitivo, perdido casi, desaparecido, por olvidarse la tradición y sustituírsele con extrañas costumbres y modos de pensar ajenos. «Nuestro arte ha de volver á florecer como antaño, basándose en la tradición, pues ésta encarnó siglos y siglos el espíritu de la raza, conservándolo incólume. Guiado por ella se alcanzará el ideal, si permanecemos fieles á nuestros verdaderos sentimientos.» El compositor no ha llegado aún á la plena madurez de su talento; pero es de esperar que cree todavía obras sobresalientes. En esta ocasión probó Manen ser un director excelente, lleno de temperamento. Toda su alma puso en la interpretación de su propia obra, que obtuvo gran éxito, siendo muy aplaudido su autor por el numeroso y escogido público.

Berlín, 3 de Marzo.

SOCIOLOGIA

LA CASA-ESCUELA, EN MADRID

por Carlos Cerrillo Escobar

La Escuela es factor influyente en la morbosidad y mortalidad infantil. Esto para mí no ofrece duda alguna, después de haber visitado é inspeccionado noventa y dos escuelas públicas de las ciento sesenta y cinco que cuenta Madrid.

No cabe ocultarlo, ni debe ocultarse, sin incurrir en inexcusable responsabilidad ante la propia conciencia y ante la pública. Las llagas no se curan tapándolas. Hay que desposarse con la verdad, si hemos de rectificar pasada conducta y de entrar resueltamente por el camino de la regeneración del país.

La Escuela pública en Madrid, por razón del local en que se halla instalada, es vivero de enfermedades y matadero de niños y de adolescentes. Basta de convencionalismos y de atenuaciones; á las cosas hay que llamarlas por su nombre.

Hay que reconocer que ante la Escuela y sus peligros para la salud y la vida del niño, son iguales los hijos del rico y los del pobre.

Sin negar la excepción por desgracia contadísima, la regla general es esta. La instalación de la Escuela resulta hecha en casas viejas ó en edificios de construcción deficiente, cuyo arriendo ofrece sería dificultad para vivienda. Destinados á fines muy distintos, y á pesar de las obras de adaptación, que dan, como Escuela y como morada del maestro, en condiciones de todo punto antihigiénicas, y además antipedagógicas.

En salones (conseguidos mediante el derribo de tabiques que marcaron en su día salas, alcobas y gabinetes) estrechos, largos, bajos de techo é irregulares, se reúnen doble número de niños del que permite la capacidad del local, y allí, tirados en el suelo por falta de asientos, sobre un pavimento de madera donde anida toda clase de suciedades, ó hacinados sobre bancos que han sostenido varias generaciones, esperan su turno para escribir, leer y hacer cuentas ó dibujos, si la luz lo permite, pues rara es la Escuela donde por la mañana se ve; por la tarde no se ve en ninguna, ni en la llamada Modelo. ¡Qué excelentes fábricas de miopes y de ciegos!

Un vaho intenso, agrio, mortificante, denuncia el peligro que se corre dentro: A la falta de luz y de sol, hay que sumar la del otro vivificante por excelencia: el aire. A viciarlo contribuyen las alcobas de dormir del maestro. Recuerdo de dos alcobas que me produjeron muy triste impresión: en una había respectivamente perdido el digno profesor, con intervalo de pocos años, dos esposas *víctimas de la tuberculosis*, y al lado, y en comunicación con aquéllas, se hallaba un cuarto oscuro destinado á depósito de papel y de los libros para los niños; en la otra dormía un pequeñito, hijo de la maestra, *convaleciente de la difteria*.

Contribuyen, asimismo, á viciar el aire de la Escuela la cocina próxima; el retrete contiguo, que despide mefíticas emanaciones; el patio, estrecho é inmundo muladar, estercolero y retrete de vecindad, al cual abren los balcones y ventanas del salón; las cuadras, las vaquerías en algunas casas, sin ventilación á la calle, y sí únicamente á la escalera y al patio, de donde toma aire la Escuela.

Los guardarropas, donde los hay, muchos de ellos instalados en el retrete ó en comunicación con él; donde no los hay, las ropas forman montón sobre el suelo ó sobre un banco; los lavabos y las fuentes para que los niños se laven ó beban, al lado del retrete ó en sus vecindades.

Algún insigne covachuelista dispuso que los párvulos debían instalarse en los pisos bajos; y por regla general esa clase de Escuelas resultan instaladas en verdaderos sótanos. En varias, la humedad es intensa, tanto, que todo allí se halla cubierto por el salitre. Y en estas escuelas húmedas, verdaderas cuevas, más bajas que el piso de la calle y del patio ó jardín, sin luz, sin aire, sin sol, permanecen sentados sobre los bancos y recostados sobre el friso, (ahuecado por la humedad), conde-

nados á la quietud, sometidos á tortura inmensa, durante seis ó más horas, niños de tres á seis años, con las manos y los pies helados y tosiendo constantemente. ¡Esto es horrible! ¡Qué tiene de extraño que el sarampión, la escarlatina, la difteria, la meningitis, la diarrea y otras enfermedades de la infancia, sin mencionar la viruela, la tuberculosis y las afecciones del aparato respiratorio, se llevasen 2.908 infelices niños el año 1900!

Pero no debe ser mejor en el resto del país la instalación de la Escuela el mal se halla generalizado y precisa concluir con el horrible quietismo que aniquila la raza y empobrece la Nación.

El doctor Larra y Cerezo señaló como remedio: «no consentir la apertura ni existencia de escuelas sin todas las previsiones higiénicas.» Lo primero puede hacerse fácilmente, en Madrid; lo segundo es un consejo atinado; pero no puede ser por hoy una solución, pues exigiría la clausura, por lo menos, de ciento veinte Escuelas en esta Villa y Corte. Y adoptada la medida por razones de higiene, doloroso es decirlo, produciría grande, enorme protesta por parte de aquéllos, y son muchos, que no se explican por qué Platón llamó virtud á la limpieza; de los que creen que la salud y la vida está sujeta á leyes fatales independientes de toda causa ocasional; de los que se rien de los descubrimientos del microscopio y estiman *seres fantásticos* todos esos organismos destructores del cuerpo humano; de los que entienden que los higienistas se han propuesto hacer imposible la vida, y de los que no ven en la Escuela el *establecimiento docente*, sino el Asilo de día donde albergan sus hijos.

Hay que clausurar Escuelas, pero abriendo otras, y esto ya no es fácil, porque á esta complicación inevitable, y en el supuesto de que se encontraron locales en casas modernas y bien situadas, hay que añadir las resistencias de los vecinos de la calle y de los inquilinos del edificio elegido, que obligan al propietario á rehusar su casa. Se trata de un injustificado egoísmo, pero irreductible.

Se impone al Estado, que resolvió revolucionariamente la cuestión del pago á los maestros, gracias á la energía y perseverancia del señor Conde de Romanones, la solución del problema del local y del material.

Los Ayuntamientos carecen de facultades y de medios. Hay que construir locales *ad hoc*; estimulando la iniciativa particular, con la exención de toda clase de tributos y cargas y con la

seguridad de un arrendamiento por tiempo indeterminado, é imponiendo la construcción al municipio. Porque aquí sí que se presenta un caso en que para remediar el mal se impone la «revolución desde arriba», porque ninguna de esas grandes catástrofes que en días determinados conmovieron todas las fibras nacionales, y que se llaman terremotos, desbordamientos, inundaciones, etc., producen más ruínas y perjuicios que esas Escuelas donde por miles pierden los niños su lozanía, su vigor y su salud, para morir más tarde obscura y lentamente, con grave quebranto de sus padres y de la nación, que tienen puestos en ellos sus amores y sus esperanzas.

FEMENINAS

LO INDESCRIPCIÓN

por Regina Alcaide de Zafra

Ajeno á la hermosura de la mañana espléndida, insensible á la belleza de un cielo azul diáfano y resplandeciente, sin reparar siquiera en las lindas mujeres que luciendo claros trajes primaverales, pasaban á su lado dejando tras sí estela de elegancia y juventud, Federico Arlanza, caminaba presuroso por el ancho andén del paseo de Recoletos hacia la Biblioteca Nacional.

Tan abstraído iba en sus meditaciones, que no paraba mientes en las infantiles protestas que su paso atropellador levantaba entre los grupos de juguetones pequeñuelos, cuando distraído pisaba una pelota ó tropezando en su camino con algún aro, lo hacía variar de dirección. Menos reparó aún en el gesto fosco y malhumorado de una bella jovencita á quien, en su apresuramiento, empujó involuntario, haciéndola perder la airosa apostura, en que arqueados en alto los brazos sostenedores de los palillos que atirantaban el fuerte bramante, esperaba recoger el volador carrete del *diábolo* lanzado al espacio con ágil y violento impulso.

Los trenes lujosos que rodaban ligeros por el asfalto del paseo central, parecían no existir para él, cómo tampoco los automóviles, que con el continuo tocar de sus bocinas de son estridente ó quejumbroso, como rugido de herida fiera, procuraban fátuos atraer las miradas de los paseantes hacia las problemáticas bellezas que en ellos cruzaban veloces, balanceando sus cuerpos á impulsos del raudo movimiento, envueltas las cabezas por nubes de claros, sedosos y flotantes velos.

Al llegar á la Biblioteca, cruzó el jardinillo y subiendo la escalinata espaciosa en que asientan las marmóreas estátuas del sabio Rey de las *Partidas* y del no menos sabio arzobispo de las *Etimologías*, penetró en el salón de lectura de la Nacional.

Como «habitual» que era, el bibliotecario al verlo, le remitió con un ordenanza los impresos y manuscritos que tenía apartados desde el día anterior. Allí todos le conocían y no pasaba más tiempo en tal lugar que en su casa, porque lo prohibía el reglamento. El Estado es prudente, limitando las horas de estudio; los sabios, más que nadie necesitan descanso.

Mas para Arlanza, apenas si existía el reposo. Cuando salía de aquel arsenal del saber, dirigíase á la biblioteca del Ateneo; por la noche en su particular estudio, ordenaba las notas tomadas durante el día, y el alba sorprendíale á veces escribiendo su obra predilecta, su obra magna en que brillarian sus profundos conocimientos filosóficos, históricos, literarios y artísticos, luciendo en ella más que en las anteriores su vasta erudición. Había de hacer honor al nombre adquirido, excediendo en este trabajo á cuanto esperaban de él sus más incondicionales amigos y lectores.

Decidido á triunfar como otras veces, sentóse ante un atril, abrió viejo *in folio* y reanudó su diaria labor.

Siempre fué un hombre de libros. Desde niño, en su fiebre de poseer cuantos conocimientos pudiese atesorar humano cerebro, el estudio era su sola vida, experimentando alegría intensa al realizar atrevidas incursiones por campos del saber antes desconocidos. Ya en la universidad apodábanle sus compañeros «el sabio». Su sabiduría por nadie discutida, hasta parecía comprobarla su natural exterior desaliño, lamentado por sus admiradores: «Si cuidase de la persona como del literario estilo, sería un guapo mozo».

Alto, delgado, de rostro moreno y obscura barba, negros los grandes ojos, de brillo algo amortiguado por el excesivo estudio, á pesar de su desgarbado aire, consecuencia de la vida sedentaria, resultaba atrayente su persona grave y amable como la de un joven apóstol.

No había para él más cuidado, ni existía otro mundo que el de la ciencia. «Quédese en buen hora pensaba, la corriente vida para los que sólo anhelan vivir la suya terrena, mas para los sedientos de múltiples sensaciones, ansiosos de experimentar el universal sentir, sólo en aquellas superpuestas hojas podrían

satisfacer sus deseos; en ellas sólo, donde los hombres de pasadas generaciones dejaron lo más sublime de su espíritu, quintaesencia de sus vidas llenas de goces, dolores, desalientos y esperanzas.»

Y persiguiendo el inmenso latir de la humanidad entera á través de los libros, corría pueblos y pueblos, registrando sus célebres bibliotecas.

En París pasábase los meses yendo de la Nacional a la de las Artes, de la Mazarino á la de la Sorbona, cruzando calles, indiferente á cuantas bellezas y placeres brinda la luminosa ciudad; al igual que en la Eterna, olvidábase de sus grandiosos romanos monumentos, ocupado sólo en revolver volúmenes en las bibliotecas Angelica y Allessandrina.

¡Oh bellos atardeceres de los Campos Elíseos, de San Pietro in Montorio, del Gran Puente de Constantinopla! ¡Para él no existían!... Queriendo vivir las vidas de los hombres de todos los tiempos, sin notarlo, renunciaba á su propia vida. Y cruzaba las más seductoras capitales, como esos comerciantes incultos y codiciosos, atentos únicamente á su negociar, que sólo visitan fábricas y almacenes donde hallar puedan géneros que aumenten sus lucros.

Ni la belleza femenina parecía atraerle.

Sus amigos, juzgando por sus actos y escritos, le creían, si no enemigo, al menos olvidado del amor y las mujeres. Así que ante el título de su nueva y magna obra quedáronse sorprendidos: —APOLOGÍA DEL AMOR.—¿Qué significaba aquello? ¿Acaso una genialidad, un alarde de sabiduría, una muestra más de la flexibilidad de su talento?

Aun sus más entusiastas mostrábase temerosos de que flaqueara su inteligencia, al tratar materia para él tan desconocida. Algunos más íntimos dejáronle entrever sus temores, y Arlanza, el joven Arlanza, como solían apellidarle, sonreíales enigmático. ¿Le suponían acaso desconocedor del más sublime sentimiento á él que había sabido descifrar los mayores enigmas del alma humana.

Los primeros cuadernos de la gran obra, editada lujosamente y luciendo intercalados en el texto hermosos dibujos de un célebre pintor, produjeron asombro y entusiasmo. En ella mostrábase el Arlanza de siempre, erudito, clásico, ameno, claro y elegante en el concepto y el estilo. Mas á lo ya conocido en él, uníase en el nuevo trabajo el atractivo de aquella su nueva manera apasionada, brillante, llena de gracia y fanta.

sía. La descripción del jardín de la inocencia, rincón el más encantador del Paraíso, era un prodigio de amable decir. La musa de Milton parecía haberle inspirado tanto ó más que inspirar pudo al gran poeta inglés.

Y el incienso de la crítica, envolvió al joven Arlanza en halagüeñas espirales.

Aquella mañana anotaba el sabio detalles curiosos é ignorados de la amorosa tragedia de Cleopatra. El viejo *in folio* que registraba apenas era conocido.

El rápido y brusco agitarse de la atmósfera que le envolvía, vino á sacarle de su aislamiento. Alzó la vista y próximo á él, en compañía le un correcto caballero de encanecida barba, vió á una joven de albo traje ligero, que abanicábase fuertemente, sofocada por un rayo de sol, que á través de la acristalada lucerna iba á herirla en la negra cabellera brillante.

Arlanza volvió á su tarea; mas á poco, el ligero aleteo del abaniquillo distrajo su atención. Esta vez levantó malhumorado el rostro, clavando en la niña una severa mirada. Ante el duro gesto cerró ésta el japonés y sus ojos ingenuos quedaron fijos como sorprendidos del desagrado que los de aquel señor parecían reflejar. El cual, avergonzado de su brusquedad, reanudó su trabajo, que abandonó de nuevo atraído por el dulce murmullo de una voz juvenil. La del albo traje interrogaba al anciano caballero, sobre el significado de una rara estampa hallada al hojear un tomo de *La Ilustración*.

A poco, los que parecían padre é hija, levantáronse. Y los cansados ojos del autor de la APOLOGÍA DEL AMOR, siguieron á la esbelta figurita blanca, de andar donairoso, hasta que traspasó la acristalada mampara del salón de lectura. Trató de reanudar el sabio la suya, pero no pudo. Pensativo, melancólico, la mano en la mejilla, distraída la mirada, sintióse dominado por extraña é inexplicable emoción. El libro abandonado ante sí, le volvió á su anterior enojo. ¿Por qué permitirían la entrada en las bibliotecas, fraguas donde se forja y pulimenta el varonil intelecto, á jovencitas frívolas como aquella, que abanicándose coquetonas, distraen á los fieles asistentes á los templos de la sabiduría?

Convencido de que no hacía ya nada útil, marchóse contrariado. ¿Qué era aquello? ¡Nunca le ocurrió cosa parecida! En las innúmeras bibliotecas por él visitadas, encontró á su paso

incitantes bellezas; estudiantas de todos los países, que no merecieron su menor atención. Jamás nada le distrajo de su estudio; gritos, músicas, bullicios callejeros. Hasta recordaba no haber apartado los ojos de lo que leía, cuando á bordo de un buque, sorprendióle en el Báltico una tempestad, dándose sólo cuenta de ella al arrebatarle el vendaval el libro de las manos. Sin embargo, aquella mañana, al ligero aire de un abanico, volaron las ideas de su mente.

Preocupado por ello, encaminóse á su casa. Y aquel día no trabajó más.

Al siguiente volvió á la Biblioteca. Padre é hija ocupaban el mismo sitio de la mañana anterior. No pudo reprimir un gesto de desagrado. Sentóse lejos de ellos; pero instintivamente sus ojos buscaron la gentil figurita blanca, atractiva y simpática. Disculpóse consigo mismo: ¿Por qué no había él de estudiar el «natural» femenino, como otros?... Y posando en la niña su mirada investigadora, analizaba sus negros y ondulosos cabellos, la frente noble, la alba tez, el rojo de los labios de deliciosa sonrisa... Y en el plácido silencio del salón anchuroso, envuelto en la suave claridad que filtraba por los altos ventanales sintió la dulce atracción de aquellos ojos negros, fijos en él, y que un gozo extraño, jamás sentido, invadía su alma.

Sin abrir siquiera el libro colocado en el atril, abandonó el salón de lectura y saliendo al paseo de Recoletos, vagó por frente á la Biblioteca sin saber en realidad lo que allí esperaba.

Al poco tiempo, por la amplia escalinata de la Nacional, descendió, en compañía del señor anciano, la jovencita del blanco traje. Cruzó al lado de Arlanza, le miró un segundo, y el sabio, con el corazón palpitante, siguió tímido tras la niña ingenua, que, en el santuario del estudio, hojeaba sólo libros de estampas, distrayendo á los lectores con el juego frívolo de su japonés abanico.

No le pesaba á Arlanza el inesperado paseo. Aquella mañana lucía un bello sol. ¡Nunca vió sol tan riente y espléndido! Y sorprendido, saboreaba el encanto de disfrutar de aquellas cosas que para él pasaban antes desapercibidas...

*
* *

El último cuaderno publicado de la APOLOGÍA DEL AMOR, promovió mil discusiones: ¡tales genialidades contenía! Entre

otras, la dulce Ofelia, la inocente Margarita, Desdémona infeliz, no eran ya las legendarias rubias ideales, sino morenas rientes de oscuros rizos y negros ojos fascinantes. ¿Qué quería simbolizar el autor con todo aquello? Sus admiradores argumentaban que ya él lo explicaría. Mas á la aparición de tan discutidas páginas, siguióse el quedar la publicación suspendida. Y ante la probada formalidad del editor, recayeron sobre el sabio los más ofensivos juicios:—Aquello era de esperar. No sabía ya como seguir. El amor no se aprendía en los libros, había que vivirlo. ¿Cómo hablar de pasiones quien no sintió nunca el fuego de unos bellos ojos abrasándole el alma? Para describir amorosas sensaciones necesario era haberlas sentido. ¿Sabía Arlanza acaso lo que es el amor?...

Y los despectivos rumores llegaron hasta él.—¡Qué engañados estaban!...—Precisamente porque ya sabía lo que el amor era, no terminaba su gran libro. Y sin preocuparse de su nombre discutido, de su fama vacilante, ni de su malparado literario prestigio, respondió á la crítica con el silencio.

¡Sólo el que siente el amor, comprende que el amor es indescriptible!

Á ECHAR EL CLAVO

por Clorina

Una niebla densa y pesada oscurecía la atmósfera, tersa de ordinario; de la vega baja iba remontándose al próximo lugar y envolviendo en su tupido manto las albas casas y las anchurosas calles. Desiertas éstas, el silencio y la tristeza lánguida que le acompaña reinaban en el manchego poblachón.

Una puerta giró pausadamente rechinando y un hombre moquetado y coloradote, de calzón terroso y corto, blusa de oscuro azul y gorro de hierbas, apareció en el umbral desperezándose satisfecho y voceando á los de adentro.

—Muchachos, arriba, que cuando salga el *rubio* se va á arrojar un *puño* que no habrá *covaniyos* en el *lugal pa trael* tanta rosa. Son la muestra q' *ayel* quedaba en los azafranales y la *humedá* de esta noche va á *sel* la bendición de Dios. Y añadía, dirigiéndose á su mujer:

—No siento más que nos vamos á *encontral* sin gente, *mujel*, bien te lo dije: avísate *güenzatas mondaoras*, que luego es el apuro. Pero *toas* sois así, no pensáis nunca en que es *mestel gastal pa recoger*.

Y cachazudo y orgulloso de sus propias dotes, continuaba discurrendo sobre lo que procedía hacer, si la cosecha se agolpaba y se corría el riesgo de perder parte de ella por falta de manos hábiles, que separasen el *clavo* de la *rosa*, es decir el fruto de la flor, evitando que se pudriese.

—A mí,—decía,—*rosa* me dé el *Señol*, que no me faltará quien me la monde. Cuando ha tres años vino aquella cosecha que era la envidia, yo *agarré* mis burros con buenas cargas de rosa fresca, y en este pueblo una, en aquel otra, todas me las mandaron. Bueno que tuve que dar el azafrán á las tres partes

y que alguna cosilla se perdió, pero ya saqué más que estotro año cuando no se cogió para un cocido.

La gente se iba preparando mientras caía sobre sus adormecidas orejas el discurso del amor, y las muchachas empezaban á dar señales de su alborotada sangre moza.

—A la iglesia, que es domingo y se quedará sin *clavo* la que se quede sin misa,—gritaba la más revoltosa, esgrimiendo el enorme botijo cuyos color, silueta y reposada figura ofrecían gran semejanza con los del *amo de la rosa*.

Iba alzándose la niebla y la plaza del pueblo se animaba: El aceite que se freía al aire libre fué extendiendo sus irrespirables partículas por la atmósfera, impregnándola del característico olorcillo, y las mozas en cuadrillas acudieron triscando á comprar el *rosco*.

Los caminos fueron invadidos por una turba de muchachos ligeros y amos gruñidores que avanzaban por parejas como soldados en convoy, conduciendo alegremente los pesados escriños, aquellos esportones de plateada paja de centeno en que el gañán lució su habilidad tejiendo labores primorosas para ahuyentar el ocio en las veladas largas del invierno y ocupar los días de descanso que las lluvias otoñales imponen al activo labrador.

Desde las amplias calles del lugar se divisaba ya la violácea capa que, como inmensa amatista que hubiera estallado en fragmentos sobre la campiña dilatada, parda siempre, siempre sin verdura, se extendía hasta confundirse con el horizonte lejano.

Como había pensado el tío Roque, salió aquel día rosa, mucha rosa. Los chiquillos iban y venían á descargar los apretados cestos, en tanto que los más pequeños arrastraban sus ingravidos cuerpecillos sobre la bien mullida tierra para coger las rosas abiertas, operación que el amo dirigía desde la linde sin atreverse á pisar en lo plantado para no hundir con su peso la productiva cebolla.

Cuartos, cocinas, cámaras, portales, todo quedó colmado. Los regalos de cestas de rosa se centuplicaron en casa de la maestra y en casa del cura; la señora del boticario y la señora del médico se negaban ya á recibir tanto.

Y cada casa era un taller en donde las mujeres convertían sus encallecidas manos en máquinas veloces, que movía febril el aguijón de la competencia, en que se jugaban partidas de

amor propio y valores retribuidos en la preciada especie tintórea, por el estimulante procedimiento del destajo.

Y entre carcajadas vibrantes y sanotas, y bromeos inocentes y burdos iba subiendo en los pesados cuencos el pequeño montón de fuego y oro que tantas ilusiones encerraba.

Oportuna estuvo la naturaleza: era domingo y se podía contar con gran refuerzo en la gente. Los mozos de los pueblos comarcanos vendrían á visitar á sus parejas, vendrían á *echar el clavo* para mostrar con esta deferencia cuál era la dama de su predilección, ó para vengar agravios femeninos, negando á la desdeñosa elpreciado auxilio.

Pronto los forasteros anunciaron su llegada con francotas risas y estentóreos cantos. Venían á caballo, en burro, á pie, corrían y gritaban poniendo á prueba sus pulmones oxigenados y sanotes.

Montado en un borriquillo pardo como la tierra que le rodeaba y envuelto en un capote, pardo también, un manchego, cuerpo de Sancho y alma de Quijote, avanzaba lentamente al acompasado andar de su pobre cabalgadura, proyectando sobre el cetrino suelo larga sombra á impulso de los oblicuos rayos del sol poniente.

Fueron pasándole los mozos, él parecía pensar en las estrellas, por la insistencia con que se fijaba en lo alto.

Si el cachazudo caminar del asno se cortara un momento, entusiasta escultor viera en el grupo simbólico relieve, barro cocido en que el artista puso tiernos efluvios de alma delicada. Líneas, colores, luz, todo era suave: sueño de modernista renaciente, modelo de Ghibertsi que fué hallado en fondo de violetas parmesanas, cuyos colores debilitó el tiempo, la atmosfera absorbió y enviaba en dulce baño de cárdena luz tenue.

Pasó un mozo á caballo, y enfrenando:

—Qué despacio caminas, —dijo al otro.—Si no aceleras algo no verás ni las rosas cuando llegues.

Volviendo la cabeza sin alterar la posición del busto.

—Yo siempre veo igual, —contestó el ciego,—y sus cristalininos ojos sin imágenes, se orientaron de nuevo hacia el primer lucero de la tarde.



DE "CANCIONES DEL BOSQUE"

por Rafael Lasso de la Vega

HOGAR DESIERTO

¡Oh, enigma de la casa vieja y abandonada
que encontré en una tarde al borde del camino!
Estaba en el misterio de la puerta entornada
todo el encanto, toda la clave del Destino,

Como una alondra triste dormía desolada
al blanco de las lluvias y del cierzo aquilino...
En la llanura estéril, monótona, cansada,
muy solitariamente se levantaba un pino.

Temblando abrí la puerta y penetré... Tenía
aquella vieja estancia arruinada y vacía
una ausencia añorante y un ambiente de hechizo...

La recorrí... ¡Oh, enigma de la casa desierta!
¿por qué podemos todos abrir tu extraña puerta
y recorrerte toda sin demandar permiso?

La Elisa. - 07

EN LA DISTANCIA SE OYE EL CANTO
DE UNA FUENTE

—¿Quién lanza ese lamento
que parece venir desde otra vida?
—Es que en la fronda, á voluntad del viento,
su canto esparce una fuente escondida,

—¿De dónde viene su lamento vago?
—La fuente es cautiverio
de amor en este bosque, y es su halago
la música divina del misterio.

—¿De dónde viene su letal murmullo?
—Un delirio de amor la une á la vida;
así esparce su ténue y claro arrullo,
Sirena que en el bosque está escondida.

..Nocturno en paz; misterio, luna, cielo...
azahar florido de la primavera...
nada es tan dulce como tu consuelo,
nada es tan frágil como tu quimera!

Eterna enamorada de la risa
ella fluye sonora
y esparce su cantar entre la brisa,
Sirena dulcemente encantadora.

De amor es este bosque mudo encanto ..
la fuente es la leyenda
que eternamente murmura su canto
sin que jamás se entienda.

De tí soy peregrino...
—¡Oh, tentación de mármol, agua, hielo!
De tí soy caminante en el camino
ideal que se pierde bajo el cielo.



AVENTURA

por Rafael Leyda

Una tarde de Abril y de sol encontré en la calle á Paco Ortega. Por casualidad disponíamos de unas horas y abriendo un claro en la brumosa faena diaria, nos fuimos Moncloa adelante hasta dar con un barranquillo sombroso, de floridas laderas, en cuyo fondo cantaba un arroyuelo. Y reposamos.

Paco Ortega y yo, predestinados á la amistad por familiar tradición, jugamos de niños juntos, estudiamos de muchachos y la corrimos después. Luego, el matrimonio nos aisló, y aunque nos veíamos de continuo, apenas si cruzábamos unas palabras.

- ¿En casa bien?
- Tengo un chico malo.
- Que se alivie.

Y nos separábamos, tan extraños uno á otro como si hubiéramos nacido y crecido en los antípodas.

Esta tarde nos olvidamos de todo lo que sobre nosotros pesaba. Por un rato dejamos de ser el atleta que sobre todos los puntos de apoyo de su cuerpo sostiene en equilibrio inestable una familia. Y el alma, libre y ligera, levantó el vuelo.

Tras de recordar algunas felices aventuras, dijo Ortega:

—No sé si alguna vez te he contado esto. Sin tener nada de particular es una de las que más impresión me hicieron. Pienso en ella muchas veces.

Esperé, presto á cortar la confidencia, si era de las antiguas. Pero resultó inédita.

—Una tarde de Octubre, no sé con qué motivo —quizá porque lloviese — entré en un bazar. Al salir, noté que una mujer, vestida con una larga capa, abría la puerta, casi atropellándome para salir antes que yo. Contrastando con esta prisa, ape-

nas en la calle, se detuvo ante la vitrina de una tienda. Me chocó y me puse á su lado para verla. Pero hurtó la cara y echó á andar, rápida, como huyendo de mi curiosidad. Aquello la encendió más y en dos zancadas la alcancé y me planté delante. Pero por más que hice no la pude ver los ojos.

Un remolino de gente nos separó y seguí hacia la Puerta del Sol, sin pensar ya en ella. Me preparaba á cruzar hacia la calle del Carmen, cuando veo que vuelve á pasar por delante de mí—para lo cual tuvo que dar un rodeo—y al enfrentarse conmigo levanta los ojos. Eran muy azules, de expresión entre curiosa y asombrada. Yo tenía veintiséis años y era extremadamente rijoso. Tratándose de mujeres todo lo apreciaba y todo lo aprovechaba. Oí aventura y me dispuse á seguirla.

Y en verdad que todo alrededor era propicio. Anochecido otoñal. La Puerta del Sol brillante y crugiente de faldas. Miradas como saetas. Y mi conquista escabullándose rápida entre los coches. Fui tras ella.

Tomó por la calle del Arenal. Dos veces estuve por volverme, tachándola de estúpida. Y es que cuando sentía cerca mis pasos, aligeraba el suyo, hasta casi correr. Pero cuando me preparaba á dejarla, como si conociese mi propósito, tornaba los ojos azules con extraña mirada alentadora.

En tanto yo la estudiaba. Era delgadísima. La larga capa caía en pliegues rígidos. El paso era tímido y precipitado. Había en toda la figura algo de infantil.

¿Sería una buscona trivial? Se recogió la falda, á puñado, con movimiento brusco y enseñó unos zapatos deslucidos. No, no lo era.

Así llegamos á la plaza de Isabel II. El asfalto estaba húmedo, viscoso. Resbaló y como iba tan deprisa, fué á parar á largo trecho. No fué caída premeditada.

Acudí presto y la cogí del brazo. Era muy delgada y las telas que la cubrían, tan endebles, que lo sentí bajo mi mano, trémulo y tibio. Ruborosa, en voz baja y cortada, me dió las gracias y siguió, aún más deprisa.

Tuve que correr para alcanzarla, ya en la acera del Conservatorio y el accidente me abrió camino para la primera frase.

—¿Se ha hecho usted daño?

—No señor.

—Pero no vaya usted tan de prisa. Se va usted á volver á caer.

—No puedo detenerme.

—¿La espera á usted alguien?

—Si señor. Mi marido.

Me sonreí á la idea de aquel fantástico esposo.—Es una buscona que no quiere gastar el tiempo. Si se diese por soltera, acaso me perdería en galanteos románticos. Con una casada no hay ese peligro. Tiene experiencia.

Empecé á bromear sobre su matrimonio. ¡Qué desgracia para mí! Cuando entreveía la dicha, encontrar la puerta cerrada.

Usted tiene la culpa.

—¿Yo?—Con no fingido asombro.

—Usted me conoció de soltera.

—Permítame que lo dude. Si yo la hubiese conocido en ese estado, no se hallaría usted casada con otro.

Pero ella, sin parar atención en mi hinchada retórica continuó.

—Y me siguió dos veces. Pero... se quedó en el camino. Nunca llegó hasta casa.

Mi vanidad me hizo entrever una leve vibración de amargura en sus frases. Y comprendí que sería ofenderla, manifestarla mi absoluto olvido.

—¿Vivía usted en este barrio?—dijo, como si recordara. Entrábamos por la calle de Ferraz.

—Sí.

Cambié de táctica, culpándome de estúpidez por haberme dejado arrebatar la dicha.—Seguía un tanto hiperbólico. E intenté disculparme.

—Esto de tu matrimonio debe haber sido una cosa rapidísima. Así no me he apercebido yo.

—Tres años de relaciones.

Preferí callar. Y un poco seguimos en silencio. Mas llevábamos un paso que no habíamos de tardar en llegar á su casa aunque viviera en la Moncloa. Había que aprovechar los momentos. Pensé la imaginación. Y surgió una idea.

—Diga usted... ¿Cómo se llama?

—María Antonia.

—Pues diga usted, María Antonia, si yo aquellos dos días no hubiera sido tan imbécil y hubiera llegado hasta su casa y la hubiese pedido relaciones ¿qué habría contestado usted?

Lo dije con cierto tono solemne, que á mí me sorprendió. Era la noche, la soledad, el misterio de ese barrio apacible en

el que la blanca luz de los focos esclarece largas filas de árboles.

—No sé

Iba por buen camino. Insistí.

—¿Me hubiera usted querido?

—Tal vez... No sé.

—Y acaso hubiésemos sido los dos más felices.—Lo insinué bajo y trémulo. Esto de hacer venturosa á una mujer siempre me ha emocionado un poco. — Lo romántico.

Ya me emocionó el acento de congoja conque dijo:

—Yo sé, déjeme.

—No, María Antonia, después de haberla encontrado, no puedo dejarla así.

—Por la Virgen, sepárese. Estamos cerca de casa. Van á vernos.

Ya algunos tenderos la saludaban familiares desde sus puertas, mirándome extrañados. Sentí que efectivamente la comprometía.

—Un momento solo. ¿Dónde nos veremos mañana?

—En ninguna parte.

—A las seis, en el Bazar.

—No iré.

—Sí no va usted, vengo á su casa y la armo un escándalo. Prefiero que se entere su marido, á no verla más.

—¡Ay márchese! Que nos ven.

—Pues hasta mañana.

No contestó. Y se hundió presurosa en la sombra de una calle lateral. La seguí de lejos y la ví doblar la esquina y subir por otra calle. Un instante se destacó su silueta en el marco luminoso de un portal. Y desapareció.

*
* *

Llegué al Bazar un poco después de las seis. La mirada de los ojos zarcos me esperaba. Al encontrarme se veló bajo los párpados, en una contemplación de las triviales vitrinas del bazar. Iba con la mujer una niña de cuatro ó cinco años y un rato anduvieron ambas viendo juguetes. La compró por fin una muñeca y salieron.

Metiéronse por entre el gentío, hacia la Carrera de San Gerónimo. Ella no me miraba y yo no sabía qué hacer. Como se pararan frente á un escaparate, aproveché para acercarme y decirla en voz baja:

—¿Qué hago?

—Sígame—me advirtió sin alzar los ojos.

Calle abajo, se metió en un portal. Tardaba mucho en salir. Yo aguardaba impaciente. Pensando en lo que haría cuando saliera, empezaba á formar planes, pero estaba tan nervioso, que no acertaba á concluirlos. Determiné llevarla hacia el Prado, donde la soledad era propicia. De repente ella salió y echó hacia arriba, como siempre, rápida. A duras penas logré alcanzarla en una bocacalle, no sé si la de Santa Catalina, ó la del Baño.

—Venga usted por aquí—la indiqué irritado, imperioso. Tí-tubeó ella. Yo añadí con la misma decisión:

—Pronto, que pueden vernos.

Echó á andar, mas despacio, medrosa en aquella soledad desconocida.

La hablé cariñoso de mi impaciencia por verla, de mi pensamiento que de ella no se apartaba. Vulgaridades que dichas á su oído, con ternura, la indujeron pronto á confianza. Y me contó de cuando me había conocido, de cómo sabía de mí por una amiga, de las veces que nos habíamos encontrado y su alegría al verme ir tras de ella. Yo escuchaba silencioso la confesión de aquel cariño que de lejos me había acompañado en la vida. Al fin calló ella. Entonces yo no supe si no balbucear:

—¡Oh, mi María Antonia, mi María Antonia!

Y me apoyaba en el posesivo y ella escuchaba con deleite, como si no existiera su matrimonio. Yo busqué su mano y la apreté. Y susurrándonos ternezas en una explosión cordial, nos enredamos por la maraña de callujas que unen la Carrera y la calle de Atocha. Estaban casi desiertas. Alguna vieja. Hombres que salían de una taberna. Mujeres que pasaban solas hacia el Centro. Mujeres que volvían acompañadas.

De pronto ella se acordó.

—¿Qué hora es?

—Las ocho.

—¡Dios mío! y á las ocho y media que llega Juan.

—¿Tu marido?

—Si—murmuró confusa.

La puse en camino y la dejé. Quedamos citados para el día siguiente en el Bazar.

Unos días seguimos paseando por barrios apartados, entrando en cafetines desiertos. Pero estos paseos eran muy peligrosos. Podía vernos cualquiera y dar el soplo á su marido. Al fin se convenció.

Y una tarde nos reunimos y sin hablar, temblorosos y cobardes, nos deslizamos en una casa abierta y complaciente. La vieja que dentro nos guió también estaba muda y nuestro paso por los corredores fué algo siniestro. Ya asegurados bajo cerrojo en un gabinete Luis XV, me volví á ella y busqué sus ojos. Estaba tranquila, un poco avergonzada de verse con su traje deslucido en aquella habitación, de lujo relumbrante.

Cuando, tras los primeros trasportes emotivos, la rogué que se desnudara, mostró cierto apresuramiento que no atajé. Era, sin duda, por mostrarme la ropa interior, crespada con la profusión de encajes y cintas—la ropa de boda quizá.—Satisfecha aquella vanidad, se mostró más recatada y vergonzosa. Por su inexperiencia amorosa, aquella tarde tuvo algo de nupcial.

Su cuerpo feble como el de una niña no ofrecía grandes sorpresas. Pero sus ojos azules, curiosos y extraños, me sugestionaban siempre.

Tenía todas las tardes libres y las entrevistas menudearon. De repente ella faltó un tarde. Volví las siguientes. Y nada. Aunque jamás me había escrito, esperé su carta disculpándose, con la seguridad de lo ineludible. Esperé en vano. Impacientado ante la primera contrariedad de aquella aventura tan fácil, me prometí no verla: más, desdeñarla si pasado cierto plazo no daba noticias de sí. Pasé aquel plazo y señalé otro y otro, alentado por una leve esperanza. Ya, furioso, llevado por una ciega ansia voluptuosa, llegué á escribirla á su casa, violento y amenazador. No contestó. Insistí y volví á insistir suplicante. Siempre lo mismo. Luego, el ansia se fué calmando y quedó el recuerdo que no se ha extinguido.

—Y ¿no has vuelto á verla?

—Una sola vez. Iba con su marido. Un muchacho alto, rubio, guapo—más guapo y mejor tipo que yo—que la llevaba cogida del brazo y se inclinaba para hablarla amorosamente, con aire feliz.

—Y ella ¿te vió?

—Sí. Y huyó la mirada, enrojando un poco. Llevaba al



cuello una medalla del Perpetuo Socorro que yo la regalé en una de nuestras entrevistas.

—Es algo raro.

El sol se había rendido. Del fondo del barranco se alzaba una niebla leve. Nos internamos bajo los árboles, por el paseo, todo sombra, en el que las voces tomaban una opacidad de misterio.

Ibamos muy deprisa y no me atrevía á interrumpir con una frase trivial la meditación de Ortega. Yo también pensaba, envidioso, en el amor de la ingénua niña.

De pronto él cortó el silencio.

—Mi mujer que estará esperándome en casa, desde las seis. Buena me aguarda cuando llegue.

Y aligeró el paso.



SANGRE Y LODO

por Justo González Hervás

—Todo es inútil, querida Elvira. Entre nosotros ha terminado todo. Podremos en adelante ser buenos amigos, pero hoy es el último beso que cambian nuestros labios, el último abrazo que une nuestros pechos...

—¡Y lo dices con la indiferente tranquilidad de una orden que diesses á tus criados! Nunca creí que fueses tan cruel conmigo, Adolfo.

—¡Qué quieres!... Ya lo dijo don Juan. Los hombres somos así; nos sobra una hora para olvidar y nos falta para querer.

—¿Es irrevocable tu decisión?

—Sí; estoy completamente decidido á renovar mi vida. El Circulo, los paseos, los teatros, los amigos... todo cuanto constituía hace un año mi distracción, el elemento indispensable de amenidad para mi existencia libre de cuidados...

—¡Tu vida! Vida de aburrimiento indefinido, según tu mismo me confesaste un día. Lo que ahora llamas distracciones, movimiento, vida... antes lo calificabas de pueril, insignificante, vacío de sensación. Manjares demasiado sosos para tu insensible paladar, que gustó con exceso exquisiteces y refinamiento... de moda frívola y pasajera.

—Es posible.

—¡Te arrepentirás, no lo dudes!

Y cambiando de tono, que trató de hacer conmovedor, Elvira prosiguió.

—Adolfo, yo te quiero como á nadie he querido, como no podré querer jamás... ¡como no te querrá tampoco ninguna otra mujer!

Por mi lecho han desfilado amantes á los que presté mi cuerpo pero no entregué mi alma, porque los despreciaba. Pero

mi alma entera te la he dado á tí; mis pensamientos trataron siempre de adivinar los tuyos; mis caricias y mis besos, llevando envuelto algo de mi espíritu, volaban dichosos por el eden de nuestra mútua felicidad, ¿no has sido feliz?

—Si, todo lo feliz que has podido hacerme. Lo he sido tanto, que con gusto sacrifiqué amigos, familia, rango social. Me retraje sin sacrificio en tu domicilio y juntos, muy juntos, hemos dejado correr el tiempo sin pensar más que en nuestro amor. Pero te confieso que hemos abusado un poco de él. Ha llegado á cansarme.

Hoy echo de menos mis antiguos hábitos, la nostalgia de mis antiguas aficiones, y pretendo...

—No sigas, Adolfo. Eres demasiado sincero y no dejas de ahondar en la herida que abres. ¡Ingrato! Huye, pues que lo quieres, y ya que has quebrantado mi vida, que supiste romper el hielo que envolvía mi corazón, como fría coraza, no agraves mi pena ni aumentes mi sufrimiento demasiado crudamente, recordándome que no fuí para tí sino el juguete caprichoso con que amenizaste un entreacto en la comedia de tu vida. No, no me has querido.

Ahora paga bien dolorosamente el olvido de mi verdadero papel en la comedia. No debí ser tu amante, sino tu entretenida. Fingirte amor, como lo fingí á los que te precedieron en mi lecho. ¡Nunca debí arrojar la máscara que encubría la sensibilidad de mi alma!

Por eso me castiga el destino... por eso. Por ser una loca alimentada de ilusiones y soñando despierta.

—Sé razonable Elvira... Si yo hubiese podido comprender...

—Si tu hubieses podido comprender que mis besos no eran sinceros; que el fuego de mi amor no se encendía sino por la codicia y la vanidad; que mis caricias se estudiaban previamente y que mis brazos al anudar tu cuello fingían contracciones y espasmos libres de emoción, entonces quizás... tu dinero... ¡qué asco!

—Interpretas mal mi pensamiento. No te abandono en absoluto como tu crees. Nos veremos alguna vez... seremos buenos amigos... quizás algún otro...

—¡No prosigas, calla, porque me dan ideas de local. Ya es bastante el tormento el de amarte, de perderte... no digas más, huye de mí, vete... ¡ya me consolaré!

Adolfo salió pausadamente del alegre y coquetón gabinete

de Luis XV, mientras Elvira se desplomaba sobre un silloncito, ocultando entre sus manos el pálido rostro inundado de lágrimas.

Habían hecho vida común poco más de un año. Empezaron sus relaciones amorosas, como otras muchas. Con la vanidad de la conquista en él, satisfecho de mostrar en la Castellana, en los teatros, etc., etc., una querida hermosa, elegante, espiritual. Ella, con la satisfacción de lucir alhajas, magníficos trenes, costosos vestidos, sombreros *fashionables*, desiertando á su paso la envidia de sus compañeras en Venus y la admiración de los apolos callejeros.

Insensiblemente, las alhajas durmieron en sus estuches; los vestidos exhalaban sus exóticos perfumes en el fondo de los armarios, y los encajes y las sedas, languidieron en sus cajas.

No se vió á Elvira y á Adolfo por los sitios donde la alta sociedad se permite el lujo de pasear sus queridas.

Se discreteó mucho, se hicieron chistes y epigramas por docenas á costa de los dos amantes.

Se llegó á hablar de boda en la Peña...

El caso no era para menos. Adolfo y Elvira habían tomado demasiado en serio su libre unión y despertándose en ella sentimientos que hasta entonces durmieron en el olvido.

El amor llamó á su corazón con toda la fuerza del desquite, ya que nunca supo ó no quiso amar, burlándose no pocas veces de lo que siempre llamó alucinaciones de los sentidos. Adolfo, por su parte, harto de volar de flor en flor, libando en cálices diversos y derramando el oro caprichosamente, se sintió amado y se enorgulleció de aquel extraño amor.

La vanidad de ser el autor de aquel despertar de Elvira, la consideración de ser el preferido entre otros más ricos, más espléndidos, hinchó su pecho, esponjando su voluntad hasta dominar como tirano, allí donde entró como esclavo.

La altiva Elvira que pisoteó orgullosamente nombres y honores y riqueza, fué luego su esclava, dejando de ser dueña.

La desdichada mariposa sucumbió en el fuego con que jugó hasta entonces impunemente.

Pero Adolfo, que recibió los transportes de su amor exaltado, llegó á temer las consecuencias. Veía amenazada su independencia de hombre libre, coartada su caprichosa fantasía, por exigencias de un cariño que no estaba santificado con las sagradas ceremonias de ritual.

Luego, el ridículo le acechaba por todas partes, en forma de *indirectas* de los amigos de siempre, que ahora tenían que privarse de su compañía por... una de tantas; de su familia alarmada por aquellos rumores de boda que penetraron hasta su palacio, bien por chismes de criados, quizás por advertencias siempre oportunas de aquellos *cariñosos* amigos.

Si; después de todo, tenían razón, Elvira era buena muchacha, bonita, elegante, instruida, habiendo leído á Verlaine y conociendo el movimiento literario moderno. Es verdad que la erudición de su querida mortificaba algunas veces su inferioridad intelectual, pues nunca se preocupó de literatura ni entendió los aforismos científicos, ni pretendió adquirir otros conocimientos que los rutinarios y vulgares de revistas y periódicos.

Pero con todas sus perfecciones, al fin era una... Elvira sin embargo, sabía encoger su inteligencia hasta el nivel de la de Adolfo, no queriendo herir su vanidad de hombre, y de hombre..... adinerado.

Nunca se explicó Elvira cómo pudo enamorarse de aquella manera.

Es posible que acostumbrada al trato burlón, algo soez de sus amantes transitorios, que buscaban el goce de sus labios y desfloraban su belleza con instinto de machos, sin preocuparse de si en aquel cuerpo de Venus purísimo se encerraba un alma no inferior en belleza á la estética de su carne, encontró en el joven Adolfo aquella ingenuidad un tanto impulsiva de los pocos años; su poca malicia hija de la inexperiencia, ó la educada forma de sus modales. Es lo cierto, que se dejó llevar por los sentimientos que llamaron con fuerza misteriosa en el interior de su ser, y se entregó á Adolfo en cuerpo y alma, gustando por primera vez en su vida de amor, del amor que nunca había conocido.

No se preocupó sino de vivir intensamente su nueva vida, ideal en su misma idealidad.

Se creyó regenerada, transfigurada, olvidando el pasado. Borró de su memoria el nombre de sus amantes de un día, y hasta llegó á olvidar, movida por una indulgencia repentina, los soeces tratos, las horas amargas en que sátiros de insurtas barbas, pisotearon su dignidad de mujer.

Y en el momento que plácidamente se cernía en las alturas de este ideal; cuando sentía el dulce bienestar de sus nuevos sentimientos; cuando la bondad desterraba de su alma al ruín egoísmo de siempre, hé aqui que el ídolo se hace pedazos gro-

seramente y advierte con dolor que su constitución no era oro, sino barro.

Y lloró... de rabia.

Ya no era su felicidad destruída, su ilusión rota de un zar-pazo brutal de fiera, no. Era asco, náuseas de violenta repulsión lo que sintió Elvira; odio á la humanidad, odio á los hombres que, como Adolfo, saben dar la vida á un corazón, para gozarse mejor en su muerte.

Sintió desgarrarse su alma, y en aquel instante de violenta desesperación, hubiese querido olvidar en el silencio de la nada.

Pero Adolfo trasponía el umbral de la puerta de aquel gabinetito, mudo testigo de sus amores como era ahora de su fría indiferencia.

Y creyó morir de pena, de rabia, de asco, sin fuerzas ya ni para conservar su dignidad, ni para llamar á su soberbia, ni para sucumbir á la humillación.

Aún tuvo alientos sin embargo para decir con voz que ahogaban los sollozos.

—¡Adolfo, Adolfo! dame un beso..... el último.

Hubiera sido un ensañamiento de crueldad el negar aquel beso pedido con ansias de muerte, cuando tantos otros solicitó él con tales ansias. Vaciló un segundo al sentir algo que le produjo dolor... pero no, era necesario terminar; se lo había propuesto.

Además, le resultaba cara.....

La lluvia golpeteó con fuerza en los vidrios, y el viento sacudió las maderas furiosamente.

La tempestad de fuera se armonizaba con la tempestad de dolor que sacudía el corazón de Elvira.

Adolfo se acercó á ésta y dejó humedecer su rostro en las lágrimas que inundaban el de su querida, que besó en su boca una, diez, veinte veces. Luego salió precipitadamente por temor de arrepentirse.

Entonces sintió Elvira algo que martilleó en su cerebro; su sangre se agolpó de pronto interrumpiendo su circulación, pero no llegó á desmayarse.

Quiso verle, verle antes de morir, porque aquello era sin duda la muerte..... y corrió al balcón.

Adolfo había bajado la escalera de aquel tercer piso casi corriendo, como un ladrón que huye. ¿No se llevaba el alma de Elvira?

Llegó á la calle, hizo un gesto de disgusto al verla inun-

dada por la lluvia y el fango, y se dispuso á tomar un coche en la parada próxima.

Un movimiento instintivo de curiosidad le hizo volver los ojos hacia los balcones, como otras veces y en circunstancias más felices, lo había hecho.

Allí estaba Elvira, desencajada, suelto el cabello que dejaba azotar por la lluvia persistente de aquella tarde de Marzo, mirándole con ojos extraviados que le enviaban su fulgor de locura.

Quiso huir. Pero Elvira comprendió aquel movimiento cobarde, é incapaz de pensar, perdida por completo toda noción de sentido, se encaramó sobre la baranda del balcón y se arrojó al espacio.....

No dió un grito. Brutalmente cayó sobre las piedras del arroyo y en ellas estrelló su cráneo, mezclando con el lodo de la calle su masa encefálica.

Adolfo huía en su coche.

Madrid, Enero, 1909.

RECONQUISTA

por Francisco Villaespesa

Es indudable que los poetas americanos no sólo son conocidos y admirados en España, sino que de cierto modo influyeron en el actual renacimiento de nuestras letras. En cambio, apenas conocemos á la nueva generación de prosadores de Hispano-América.

¿De qué proviene este desconocimiento?

En primer lugar de la carencia absoluta de espíritus vulgarizadores, y después, porque la mayoría de los libros americanos no han sido hasta ahora más que un pálido reflejo de la novísima literatura francesa, y nosotros, como es natural, hemos preferido estudiar los modelos originales.

Pero una evolución importantísima se acaba de operar en las letras americanas. Al deslumbramiento momentáneo de lo exótico, de lo extranjero, sucedió, por una creación lógica, un amor entrañable al terruño nativo. Y á los adornos de bisutería europea prefieren ya las legendarias plumas de los aborígenes y los yelmos mambrinexos de los conquistadores. La prosa y la poesía han recobrado por fin en América su libertad. ¿Quiénes fueron los Bolívars y los Hídalgos de esta nueva Independencia? Todos han contribuído á ella y los pocos que aún permanecen encastillados en sus torres de marfil, sienten ya la necesidad de respirar el aire libre de las pampas y recibir en la cumbre de sus montañas ciclópeas la comunión sagrada de la Naturaleza. El mismo Darío ha cantado al buey que vió un día en su niñez, echando vaho por las narices dilatadas, bajo el oro y las púrpuras del cielo de Nicaragua.

La María de Jorge Isaacs, la novela criolla por excelencia es hoy la base de una nueva tradición literaria. Y Carlos Reyes Lavalle Cobos, y Leguizamón, en Sur América, y Díaz Rodríguez, Blanco Fombona y Dominici, en tierras de la Gran Colombia, y Jesús Castellanos, Fabio Fiallo, y Julio M. Cestero en las Antillas, sientan los jalones de una literatura verdaderamente autóctona.

Críticos de tanta autoridad como José Enrique Rodó—el cerebro más amplio de nuestra raza,—Manuel Ugarte, Ricardo Rojas, Sanín Cano, A. Fernández García y Arturo R. de Carricarte, excitan á la juventud á que abandone los trillados senderos del snobismo, y hunda sus plantas en el limo de la tierra madre. La misma tendencia domina también en toda la obra demoleadora y titánica de Vargas Vila. Y los poetas vuelven los ojos, cansados de tanta decoración versallesca y de tanto país de abanico, á embriagarse de luz y de sol en los magníficos paisajes patrios. Los oídos se pegan religiosamente á la tierra para escuchar los latidos de la gran madre, y los dedos buscan las venas para sentir el ritmo de la sangre ancestral. Chocano despierta el caracol guerrero de los Incas y hace lanzar nuevos sonos á las trompas bélicas de los conquistadores. Valencia, de la más pura aristocracia hispana, recuerda su abolengo y canta las glorias de su estirpe. Amado Nervo hace florecer en tierras de México los divinos rosales de Asís. Julio Flores llora en sus poemas toda la amargura de las razas vencidas. Y hasta Lugones atavía con los más bizarros arabescos de su ingenio los evangélicos lomos de los *burritos* de su patria.

Entre todos los novelistas americanos ninguno más digno de consideración que Federico Gamboa. Su eslo vibrante, fluido rico de matices psicológicos, jugoso de ternura y pródigo de sinceridades, le da una personalidad indiscutible y única. Él comprendió mejor que ningún otro, toda la suprema verdad que encierra este famoso principio estético del vidente autor de Zaratrusta: «Escribe con sangre y serás comprendido, porque la sangre es espíritu».

Los principales defectos de la novela castellana son, á mi juicio, una profunda sequedad espiritual que esteriliza toda emoción, y una perenne imposibilidad interna—no la impecable serenidad exterior que inmortalizó á Flambert—que hace que los más trágicos motivos resbalen por nuestra epidermis sin conmovernos.

Los novelistas españoles, á excepción de Valle Inclán, no investigan la vida, ni la exaltan, la inventarían en documentos anodinos de una retórica oficinesca.

En vez de artistas son meros jornaleros que sólo aspiran á vivir de sus obras. Halagan los confusos deseos reivindicativos de nuestro pueblo, no por un altísimo sentimiento de justicia, sino por que sus libros adquieren así un tinte revolucionario que les hace simpáticos á la masa general incapaz aún, por su falta de cultura de juzgarlos.

Además les falta ternura. amor, poesía, en una palabra. De aquí que las descripciones sean pesadas, y que ninguna de ellas nos haya dado hasta ahora un verdadero tipo de mujer, artístico ó humano. Este mysoginismo que tan mal se aviene con nuestro carácter nacional y que en algunas se traduce—aunque parezca paradójico—en un repugnante alarde pornográfico, da un tinte frío y antipático á nuestra novela.

No así Gamboa, leed las más bellas páginas de *Suprema Ley*, *Metamorfosis* y *Santa* y á través de su prosa nerviosa y cálida, veréis pasar mujeres de carne y hueso, mujeres de esas que han dejado en nosotros un recurso imperpereçero. No son las eternas ideas con faldas de los pensadores oscuros, ni tampoco esas pálidas hijas de la Historia y el Vicio, que tanto aman la frivolidad de los cronistas en boga. Son mujeres sencillas, corrientes, que pudieron ser nuestras madres, nuestras esposas ó nuestras hijas. Y este respeto de Gamboa por el eterno feminismo, da á su obra un altísimo valor moral. Pero en ninguna obra anterior aparece tan claro este concepto sobre la mujer, como en *Reconquista*, su última novela. Todo el libro es un himno á la piedad y á la fortaleza femeninas.

Gamboa nos hace ver la necesidad absoluta que siente todo

artista de un regazo amado donde reclinar la cabeza agobiada por el trabajo creador.

No se qué viejo poeta nos dejó esta estrofa:

«La ofrenda de la Gloria es una prenda
que sólo se ambiciona para darla,
mas cuando falta á quien rendir la ofrenda
no vale ni la pena de alcanzarla.»

Y todos los artistas han llorado, en horas de soledad y de abandono, la verdad de estos cuatro versos.

Aunque yo podría hablaros del dolor de ese pintor, Salvador de Arteaga que en plena juventud y en pleno triunfo, se vé solo, en la inconsolable angustia de su viudez prematura, arrinconado en medio de los cuadros inconclusos de su estudio, y con la terrible responsabilidad de servir de guía á dos seres inocentes y frágiles como dos lirios.

La intensa poesía de estas páginas nos subyuga, y la piedad infinita que se desborda de ellas conmueve profundamente hasta la más recóndita raíz de nuestras entrañas. Al final de este libro terminamos amando la vida, por que nos sentimos más buenos y más puros para poder gozarla.

Y tres bellas figuras femeninas en su barquilla de ensueño, como las *Tres Marías* de las leyendas místicas, llegan á nuestro páramo y le hacen florecer bajo el milagro de sus plantas desnudas.

Carolina, la mujer amante que reconquista para el amor el corazón del artista, es una figura tan dulce, tan abnegada, que nos recuerda á aquella ideal y humana *Joaquinita* que inmortalizó el genio de Camilo Castelo Branco en su *Amor de Perdición*. Evangelina y Magdalena, las dos hijas del Amor y el Dolor, son dos lirios gemelos dignos del jardín de Yolanda, la más piadosa de las novelistas italianas.

Ellas pronuncian al oído del artista desorientado, las dos bellas y fuertes palabras:

Creer, crear,

las únicas que pueden reconquistar el mundo para el Amor y para el Arte.

DESDE BERLÍN

por P. de Mugica

La directriz (con permiso de la Academia) de esta revista, me pide unas correspondencias berlinesas. ¿Se puede vivir, señora mía estimada? Apunte usted: dos revistas alemanas, otra *idem sen anal* nada menos, otra en perspectiva, dos españolas (revistas), sin contar mis cursos en los establecimientos universitarios y los estudios de gabinete. ¿Y el tiempo, señora? «Bueno, gracias, con un invierno de seis meses», oigo decir á la señora directriz.

Por ahora, no sé de qué otra cosa hablar que de crítica, asunto favorito de los madrileños, entre los cuales viví varios años, matando el tiempo, como ellos, sosamente. En materia musical, *Electra* se lleva la palma esta temporada. No hay *straussista*. Pero reconozco que Ricardo II es hombre talentado y orquestista morrocotudo, que sabe cubrir defectos dramáticos con recursos orquestales.

La primera vez que la escuché, me quedé *in albis*. No había billetes de palco principal, localidad que tomo, por ir con señoras, y tuve que apenar con un buen asiento de butaca. El taquillero me elige siempre la mejor, pues suele leer mis críticas musicales tudescas, y está conforme con ellas, así como otro «de la casa».

La segunda, fué por vez primera, estos 20 años y pico, á galinero, y de allí pude comprender la obra. Abajo, quedaban las voces apagadas por el inmenso aparato de la orquesta: 8 violines primeros, 8 segundos, 8 terceros, 6 violas primeras, (más después cuatro violines), 6 segundas, 6 terceras, 6 violoncellos primeros, 6 segundos, 8 contrabajos, flautín, 3 flautas grandes (6 2 chicas y 2 grandes), 2 oboes... ¡la mar! Conté hasta 7 timbales; un timbalero carga con 3 cacerolas y el otro con 4. El bombo es como el de la lotería. Strauss echa mano de instrumentos raros, además: la celesta, el xilofon, el tamtam, las disciplinas magistrales (sacudidas sobre los timbales ó el bombo)

etc. Aun empleará la gaita de manubrio. Un humorista dice en la *Musical América* que en la próxima ópera figurarán 42 violines primeros, 42 segundos, 22 terceros... 12 trompas motoras, 14 arpas primeras, 10 liras, 9 órganos, 6 bocinas de niebla, 12 gaitas gallegas, 6 cañones Maxim, 22 gongs, 10 silbatos de locomotora, 10 sirenas de vapor, 4 matillapilones y 12 campanas de iglesia católica.

Hay que confesar que maneja la orquesta como consumadísimo discípulo de Wagner, á quien vuelve ahora con pena de algunos que deseaban fuese más allá que en *Salomé*. ¿Más allá? Entonces había que escribir para los asilados de Leganés, ó para los partidarios de Ricardó II que solicitan una celda en la casa de locos de Bayreuth, (figúrese el lector cuánto chiste se hizo aludiendo á ese asilo y al célebre teatro).

La tercera vez que he oído *Electra*, también desde el olimpo gallístico, me confirmé en la opinión que emití en la *Revista Musical*. La representación fué además grandiosa. La Planchinger, *Electra*, fuera de combate por las 7 representaciones, (sentadita en butaca en la octava), fué reemplazada por la Walker, de Hamburgo. De esta artista dije en la última crítica sobre las representaciones de Bayreuth, que se publicó en castellano, portugués, inglés, alemán y ruso: «La americana Walker, una mujer de corazón artista, como Ortrud en Lohengrín, superó con mucho á las demás figuras.» Esto lo leyó el conocido director de orquesta Baroni, que lo tachó. Ahora ha tenido esa gran cantante y notabilísima actriz dos triunfos, de Isolda (ó Iseo) y de *Electra*, que ha representado mejor que todas las demás, hasta la Krull, que la estrenó en Dresde, y cantó aquí de *Salomé*. ¡Qué rarezas tienen los *kapellmeister*! Beroni echando pestes de una eminencia! Y Campanini, que las echaba de Constantino, llevándole á su teatro de Manhattan, de Nueva York para hacer la competencia á Caruso, que cantaba en el Metropolitán, de allí mismo. Es como los pareceres de grandes actores acerca de piezas que desdeñan, y luego obtienen éxitos piramidales.

El papel de Crisotemis, también lo desempeñó una gran artista de Hamburgo, la Petz, á quien oí asimismo la vez segunda, por indisposición de la Rose, fuera de combate después de 6 veces que tomó parte en 6 obras. No debiera llamarse Strauss Ricardo, sino Matatías. ¡Cuánto no chillaron sobre lo que Wagner exigía de los cantantes! Si que exige, pero distribu-

yendo bien la tarea. Strauss revienta mujeres (no le da por despanzurrar hombres).

El público, al final, después de hora y tres cuartos de continua atención, mucho más sostenida que la que se necesita en el primer acto del *Ocaso de los Dioses*, que dura dos horas menos cinco minutos, rompió en entusiastas aplausos, creo que dirigidos más bien á las cantantes y á la magnífica orquesta, con Blech á la cabeza, que á la música, difícil de comprender, especialmente no estando preparado ya.

Salomé dura hora y media. *El Oro del Rhin*, próximamente como *Electra*. *El Buque Fantasma* se suele representar en Bayreuth y en el Teatro del Príncipe Regente, de Munich, sin interrupción. (Por cierto que aquí me gustó el primer cuadro más que allí). Pero *Salomé* y *Electra* sólo tienen un cuadro único. De modo que el oyente pone los cinco sentidos en el trabajo orquestal, el dominante de Strauss, el sinfonista, y sale del teatro con los nervios bailando el zapateado. Verdad es que los libretos de ambas óperas son perversos. El compositor de la perversidad, como le llaman algunos, hace maravillas con combinaciones raras de instrumentos, extravagancias horripilantes y tremendas disonancias.

La terrible historia la conocerán ya todos los lectores. *Electra* aborrece á su propia madre; ésta asesinó á su marido Agamenón, teniendo por adlátere á Egisto; y *Electra* espera el retorno de su hermano Orestes para que éste haga papilla á la inmundia pareja, lo cual efectivamente ocurre al cabo, tras el telón del fondo, por fortuna.

El señor Mitjana enteró á los madrileños en *La Época* de cómo es *Electra*, y no quisiera correr el riesgo de ser pesado. Además, ya emito mi parecer en la revista indicada. La nueva obra de Strauss no vivirá acaso mucho, como tampoco *Salomé*. Pero considero á *Electra* muy por encima de la anterior, y ciertamente ha de quedar en la historia de la música como un documento importante. La ópera tiene escenas bellísimas, muy bien sentidas. Pienso hacer un estudio comparativo, con notas musicales, entre varios motivos suyos y otros del inevitable Wagner, quien está aún por ser conocido, digan lo que quieran los franceses amigos de tener novedades cada cinco minutos.

Los diarios berlineses dieron cuenta, por telégrafo, del *Ocaso de los Dioses* (mejor llamado así que *Crepúsculo*), el cual selló en Madrid el definitivo triunfo de la música wagne-

riana. En el estudio crítico *Hace falta un Clarín II*, publicado en *España y América*, recordé que Subirá dijo en *La Crítica* que ya se extinguió en la corte el animal antiwagnerista, y que las facultades de comprensión y recepción del autor se van perfeccionando. ¡Ya era hora que abriesen los ojos en aquellas ciegas alturas! Ese paraíso era un puro limbo, ó un Belén, en ambas acepciones. Como Artela vió que la base del Real no era educable con el sistema de Luis París, acudió al amplio fundamento de los nenes clásicos, y desde abajo hizo la revolución (como Castelar antaño), con los maestros de Wagner, el cual era para el gallinero, como dicen los alemanes, más guasones de lo que en Madrid creen, una aldea española sellada con siete sellos. Luis París, un chiflado cuerdo como Don Quijote, quiso empujar á los madrileños, hacia el centro de Europa, y por poco se lo meriendan con tomate. Y hay abonados al Real que no le perdonan *La Walkiria* y *Siegfried*. A quien no quiere caldo, taza y media. Y tragó el público el inmenso *Ocaso*, crepúsculo matutino de *Tristan* y otras obras que aún no conoce Madrid. Mucho ruido metió Luis París con su afán de llevar Bayreuth, conservatorio musical mundial, á la corte. Yo también habría empezado á instruir á ese públco haciendo la revolución desde arriba, á estilo de Maura, y siguiendo el método *parisino*, pues por propia experiencia sé que, conociendo bien á Wagner se entiende á Beethoven y á los primeros espadas (en Alemania dirían... *matadores*) del *musicalismo*, en cuyo seno queda y quedará eternamente Wagner.

Se me fué la burra wagneriana.

Llega á mis manos *Molière, Florian et la littérature espagnole*, de Mr. Vézinet, dedicada á *Monsieur P. de Mugica, en témoignage de tante estime et de cordiale gratitude*, París, 1909, Hachette. ¡Qué paciencia ha tenido ese eminente profesor para comparar las obras de Molière con las de Moratin! ¡Con qué modestia está estudiado todo! ¡Cuánto detalle! ¡Qué suma de erudición! Con razón están encantados de ese soberbio estudio Farinelli y Gómez Carrillo.

El gran actor Matkowsky ha muerto á los cincuenta años. El Gobierno español, pródigo de cruces con mentecatos, bien pudo haberle concedido una por su arreglo de *García del Castañar*, que se dió en la Comedia Real.

Llega la sexta edición de *Verdades Poéticas*, del Señor Don Melchor de Palau, con zalamera dedicatoria, y las gracias por mi crítica de su discurso académico.

PUBLICACIONES RECIENTES

Libros

Los Sitios de Zaragoza, por CARLOS RIBA.

No es ya sólo un testigo, sino un actor verdadero de la tragedia coisosal desarrollada en 1808 en Zaragoza, el mismo oficial que llevó á Napoleón la noticia de que la tragedia estaba consumada, quien nos cuenta en este libro todas sus emocionantes escenas.

«El general Lejeune—nos dice Carlos Riba, su traductor y crítico, en el prólogo de este libro—siendo oficial del cuerpo de ingenieros zapadores, formó parte de las tropas imperiales que pusieron sitio á Zaragoza y se enseñorearon de sus ruinas. Los esfuerzos titánicos que aquellos ingenieros, acostumbrados á rendir con la zapa y con la mina todas las plazas fuertes de Europa, necesitaron poner en juego para destruir á Zaragoza; y la intervención personal y activa de Lejeune en estos trabajos, dan á sus palabras y á sus juicios un interés excepcional. Lejeune sirvió á las inmediatas órdenes de Lacoste, general en jefe del Estado Mayor, quien murió en Zaragoza dirigiendo una mina y el mismo Lejeune fué herido en dos asaltos diferentes. Grandmaisson, autor afortunado de un estudio conciso y magistral acerca de nuestros Sitios, dice que sólo un hombre del oficio como Lejeune, actor y testigo á la vez de aquellos titánicos esfuerzos de los ingenieros franceses, ha podido aprehender referir todo sumérito»

El relato de lo que hizo y de lo que vió hacer se ajusta esencialmente al Diario Oficial de operaciones del ejército sitiador, igual que otros relatos franceses y españoles contemporáneos á los sitios, pero se distingue entre todos ellos por estar salpicado de escenas y de episodios dramáticos que hacen más sugestiva é interesante su lectura y más completa la apreciación del conjunto.

Durante el segundo Sitio, recogió Lejeune, en los mismos lugares de los sucesos, los materiales para su trabajo, el cual contrastó con las noticias escuchadas de los sitiados y completó después con los documentos oficiales reunidos en la obra de Belmás».

Tenía, por estas circunstancias, sobrados títulos el relato de Lejeune para que su versión por vez primera á nuestro idioma, fuese una tarea útil, interesante, substantiva. Pero Carlos Riba ha hecho una labor más fecunda y de mayor relieve. Dedicado por vocación y por deber á los estudios de investigación histórica de la edad moderna y contemporánea,—es catedrático de ellos en la Universidad de Valencia—y cultivador especial de los referentes á los Sitios de Zaragoza, teniendo á la vista cuanto se ha escrito acerca de esta materia, ha incorporado á la traducción en forma de abundantes notas críticas, una copiosísima série de investigaciones, de materiales, algunos inéditos, de datos y noticias interesantes para la labor de aclarar, rectificar y robustecer la historia de los Sitios de Zaragoza.

Los eruditos, los amantes de las bellas lecturas históricas y las personas que quieran tener conocimiento verdadero y exacto de aquellos sucesos de universal renombre, encontrarán en este libro su más original, sugestiva y auténtica exposición.



Uno de los libros más amenos é interesantes publicados en estos últimos tiempos, es sin duda alguna, *Por Europa*, debido á la pluma de Carmen de Burgos. Es una descripción magistral

de cuanto notable y verdaderamente grande encierran Francia é Italia, algo así como un compendio clarísimo de la vida de ambas naciones, escrito con un conocimiento exacto de esa vida que ve la autora con su alma de artista capaz de comprender todas las maravillas y grandezas que sintieron y realizaron los artistas antiguos y modernos.

Las ciudades italianas que fueron grandes, que son siempre hermosas, y que duermen ahora soñando en sus glorias pasadas, reviven por la pluma de la autora, y quien lee *Por Europa* imagina asistir á la vida activa y esplendorosa de aquellas urbes incomparables, de donde irradió la civilización por todos los ámbitos del mundo.

La obra está impresa en papel satinado y va profusamente ilustrada, figurando en ella todos los monumentos de Francia é Italia. Se vende á 4 pesetas en rústica en la CASA EDITORIAL MAUCCI, Barcelona.
